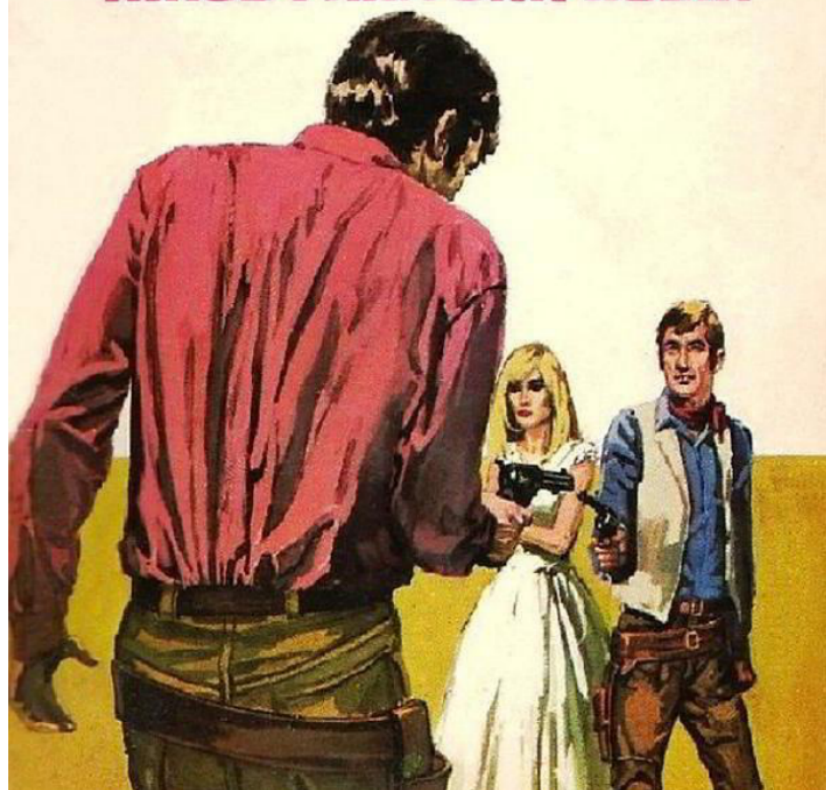


BOLSILIBROS



Silver KANE

ATAUD PARA UNA RUBIA



El puño derecho del mayoral salió disparado igual que una catapulta hacia el mentón de Reg, quien pudo esquivarlo a duras penas retrocediendo un paso. Pero de todos modos el impacto fue tan fuerte que no pudo conservar el equilibrio y cayó hacia atrás, sobre el polvo. —¿A qué viene eso, amigo? ¿Es acaso una atención que la compañía tiene para con los viajeros, a fin de que no se duerman? El mayoral apretó las mandíbulas.



Silver Kane

Ataúd para una rubia

Bolsilibros: Oeste Silver Kane - 005

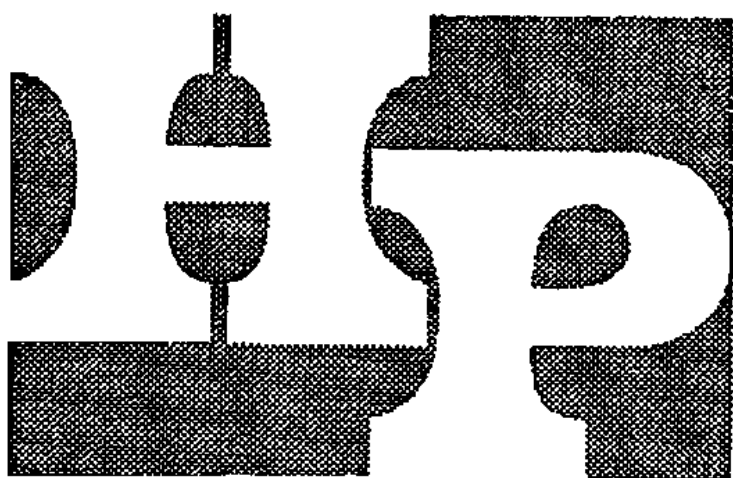
ePub r1.3

Titivillus 27.07.2019

Silver Kane, 1970

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Héroes de la **PRADERA**



Silver Kane

**ATAUD
PARA UNA
RUBIA**

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 9
Publicación semanal
Aparece los **JUEVES**

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B. B 3616-1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.º edición: enero, 1970

FRANCISCO BRUGUERA - 1970

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970**

Introcucción

DOS DESAFÍOS

Al finalizar la guerra de Secesión, el presidente Abraham Lincoln procuró por todos los medios, antes de ser asesinado, que las huellas de la sangrienta contienda se notasen lo menos posible en las tierras y en los hogares de la joven nación. Procuró que las diferencias entre vencedores y vencidos fuesen mínimas y que los políticos del Sur, que tras cuatro años de loca aventura habían hundido a su país en la más espantosa ruina, no perdiesen ninguno de sus derechos, siendo algunos llamados a formar parte de los órganos legislativos y ejecutivos del Gobierno. Esta política sabía evitó que el país quedase dividido en dos, en el terreno de las ideas, tal vez para siempre, pero no pudo evitar que entre los hombres perdurara el odio.

Lo que las leyes olvidan no lo olvidan los corazones. Y así, medio año después de concluida la sangrienta guerra, aún se mataba y se moría en nombre del Norte o del Sur.

Y dispuestos a matar o a morir estaban Bud Sherman y Reginald Spencer.

Los dos tenían parecido aspecto, la misma carrera y una muy semejante educación. Los dos habían estudiado leyes en Boston y trabajado incluso en las ciudades de la costa atlántica, pero luego la guerra separó sus destinos.

Y ahora se habían encontrado otra vez.

La fortuna debía haber sido muy distinta para uno y para otro, pues mientras Bud Sherman iba ostentosamente vestido, Reginald Spencer mostraba su cuerpo cubierto de andrajos. Mientras uno acariciaba la culata de un revólver labrado en plata, el otro rozaba apenas con las yemas de los dedos su «Colt» cuya culata estaba sujeta al cuerpo del revólver por medio de unos alambres. Y también la expresión de sus ojos era muy distinta; de frío odio en Bud; de impotente desesperación en Reginald.

—Celebro encontrarte, perro sudista —dijo Bud—. Y celebro poder

decirte que esta noche terminarás de ladrar para siempre.

Reginald bajó la cabeza. No hubiera sabido decirse si su gesto era de impotencia o de dolor. Tal vez las dos cosas al mismo tiempo.

—Bud —susurró—, no hay motivo para que uno desee la muerte del otro. Hemos luchado en distintos campos, ya lo sé, y los del tuyo han vencido. Soy el primero en reconocer que teníais la razón. Pero ¿qué quieres? Yo nací en Texas. Yo quería luchar bajo la bandera de Texas; eso era lo que me pedía mi corazón. A nadie se le puede culpar porque luche bajo la bandera de la tierra donde ha nacido. Los dos hemos estudiado en la misma Universidad, hemos aprendido en los mismos libros, y creo que ése es motivo suficiente para unirnos y para olvidar los lamentables acontecimientos que nos han separado. Dejemos de tocar cada uno su revólver y vayámonos en paz.

Bud Sherman apretó los dientes. Se oyó el seco chasquido de éstos en el silencio del atardecer.

—De modo —dijo— que además de ser un perro sudista, eres un perro cobarde.

—Sí. Reconozco que tengo miedo —murmuró Reginald.

—Miedo, ¿eh? ¿Y de qué?

—Miedo de matarte a ti, Sherman.

El nordista sufrió un estremecimiento en los hombros.

—Sólo esas palabras serían suficientes para que no tuviera piedad. Pero soy hombre de leyes, y quiero hacer siempre las cosas por un motivo. Y mi motivo es éste; fui tu prisionero en Abilene, cerca de medio año, hasta que conseguí huir. Cuando escapaba disparaste contra mí, y desde entonces no ando bien. Soy algo así como un lisiado, Spencer. ¡Por eso quiero matarte, por eso quiero verte caer de rodillas ante mí con la cabeza atravesada!

El joven levantó un poco la cabeza, para mirar al fondo de los ojos de su enemigo.

—Fuiste mi prisionero por un azar de la guerra, Sherman, y en cuanto al disparo que hice cuando huías te aseguro que pude haberte matado. Incluso era mi deber matarte. Traté de impedir que pudieras ir más lejos, pero te sobrepusiste a la herida y lograste escapar. Siempre he considerado aquello como una hazaña por tu parte. De ser yo tu prisionero, también habría intentado huir.

—¡Me atravesaste la pierna! ¡Me convertiste en un lisiado! —repitió

Sherman, con voz baja y densa como en una obsesión.

—Fue un azar de la guerra. Tú me hubieras hecho lo mismo a mí en parecidas circunstancias. Y además, Sherman, no debes dramatizar. Te he visto llegar hasta aquí, he visto cómo descendías del caballo y cómo avanzabas hacia este lugar. Apenas se te nota una levísima cojera. Hay millares de hombres que quisieran haber pasado la guerra con una herida como la tuya.

—¡Quien me la hace me la paga! —musitó Sherman—. Y tú me la hiciste, Spencer. ¡Saca!

Los dos hombres se habían encontrado por casualidad en aquel lugar de Texas, cerca de la frontera, mientras Sherman probaba un caballo que deseaba adquirir y Reginald Spencer se disponía a tomarse el último descanso antes de cruzar la frontera de México. Naturalmente pudo ocultarse al ver avanzar a aquel hombre, pero no le gustaba andar escondido como una serpiente. Además, Sherman había sido en otros tiempos su compañero, y casi le dio un vuelco el corazón al verle avanzar hacia él. En el fondo, siempre había deseado pedirle perdón por aquel balazo. Y al levantar la mano para que le viese, nunca imaginó que las cosas pudieran llegar a ponerse así. No podía imaginar que el odio de aquel hombre llegase a tanto, después de casi tres años.

—Hace mucho tiempo de aquello —murmuró—. Caíste prisionero al principio de la guerra, y ya parece que hayan transcurrido siglos desde aquellos días. Sherman, te pido, por favor, que no hagamos ninguno de los dos esa locura.

—¡No eres más que un cobarde, Spencer! ¡«Saca» de una vez o tendré que matarte como a un perro, que es lo que te corresponde en realidad!

La frase le sonó mal a Reginald Spencer. Nunca le había gustado que le insultasen, y menos después de emplear él todos los recursos para apaciguar la situación. En aquel momento, en el fondo de su corazón, sintió que quería matar a Bud Sherman.

—Está bien. Tú lo has buscado.

Se inclinaron un poco hacia adelante y «sacaron» los dos a la vez, con una implacable mueca de decisión impresa en sus rostros. El revólver de plata de Sherman brilló a la luz mientras crujían los alambres que afianzaban el de Spencer. Los dos eran excelentes tiradores y habían aprendido en la guerra cosas que quizá no

debieron aprender jamás. Casi al mismo tiempo se lanzaron a tierra mientras ladraban sus armas. Reginald Spencer fue más certero, y mientras la bala de su enemigo apenas le rozaba, la suya le atravesó de pleno el corazón.

Había tirado a matar y con una fría mueca de decisión impresa en el rostro, pues los insultos recibidos habían acabado por deshacer sus nervios. Pero desde el mismo instante en que vio caer a su enemigo, todo aquello cesó.

Le pareció increíble que él hubiese podido matar a Sherman. Que él hubiese podido apretar el gatillo sabiendo conscientemente que le enviaba una bala contra el corazón. Corrió hacia su enemigo, tras soltar el revólver, y vio que aún hacía desesperados esfuerzos pe mantener erguida la cabeza.

Fue entonces cuando los ojos de Sherman se clavaron en los suyos.

—¡Maldito! —Sopló, lanzando una bocanada de sangre.

Y cayó cara al cielo, muerto, con la boca entreabierta, espantosamente roja, y los ojos espantosamente blancos.

* * *

Esto ocurría cerca de Shafter, en las proximidades del río Grande. Veamos ahora otro desafío, éste desarrollado en la ciudad fronteriza de El Paso.

Este desafío tenía algo que ponía los pelos de punta y que dilataba los ojos de asombro. Porque por un lado estaban tres hombres fornidos y bien armados, y por otro, una mujer.

Una mujer de esas que quitan el sueño.

Tendría unos veinte años, no más. Era rubia, de un rubio purísimo, inmaculado, casi angélico. Pero en sus ojos había una llama oscura, casi diríase una llama negra y su expresión no era precisamente la de un ángel, sino la de un ser que está dispuesto a morir o matar.

Iba vestida con ropas algo destrozadas, que mostrado generosamente la perfección de sus formas. En El Paso, donde había mujeres tan hermosas, quizá no se vio nunca una que se pareciese a ella. Por eso los ojos de los tres hombres brillaban de aquel extraño modo, y por eso les temblaban los dedos con que estaban acariciando los revólveres.

—Ríndete —murmuró uno de ellos—. Será mejor para ti, muchacha.

—Venid a cogerme.

—Nadie se ha atrevido a desafiarnos individualmente, y mucho menos a los tres en bloque. Si lo que quieres es morir, no necesitas tanta ceremonia. Con uno solo de nosotros bastará para llenarte de plomo ese cuerpo de diosa.

La muchacha sonrió despectivamente.

—¿Cuánto os han ofrecido, Glenn?

—¡Hum! Quinientos dólares. Ésa es la recompensa que ha fijado hace menos de una hora.

—Quinientos dólares y lo que pensáis divertirlos conmigo —susurró la muchacha—. Está demasiado bien para tres sinvergüenzas sin trabajo, como vosotros. Por eso creo que os lo tenéis que ganar. Y por eso os repito: ¡Venid a buscarme!

—Basta de comedias, Jakob —dijo uno de los hombres—. ¡Vamos a atizarle ya!

La muchacha llevaba sobre la falda, en torno al talle, un cinturón canana completamente masculino, con un revólver, y lo sacó un poco. Los tres tipos retrocedieron instintivamente.

—No podrá ser por las buenas. Habrá que disparar.

—Pues, ¿a qué aguardamos? ¡Disparemos de una vez!

Sacaron velozmente, pero la muchacha fue más rápida. Su primer balazo envió a la región de los sueños eternos al llamado Glenn. No tuvo ocasión de apretar nuevamente el gatillo porque un plomo le arrancó el revólver de la mano, hiriéndosela.

Los dos hombres vivos avanzaron entonces hacia ella, uno por cada lado.

—¡Ahora!

La muchacha trató de huir, pero sabía de antemano que era inútil. De improviso se sintió sujeta, zarandeada brutalmente, y entonces uno de aquellos hombres la besó en la boca.

CAPÍTULO PRIMERO

EL HOMBRE DEL BASTÓN ROJO

La diligencia se detuvo, tras varios alaridos del mayoral y su ayudante, cuando aquel hombre apareció a un lado del camino e hizo señas pidiendo que parasen.

Normalmente, en aquella zona y por los días que corrían, ninguna diligencia se hubiese detenido en mitad de la ruta a la señal de un viajero solitario. Los bandidos eran más listos cada día, y estaban ocurriendo en Texas demasiadas cosas para que los conductores de diligencias se fiasen del primer aparecido. Pero con aquel hombre era distinto.

La diligencia se detuvo completamente frente a él, entre una nube de polvo.

—¿Tienen alguna plaza? —preguntó el hombre—. Quisiera llegar hasta El Paso.

—Creo que podrá acomodarse. Suba.

El hombre saludó llevándose al sombrero la empuñadura de su bastón y abrió la portezuela. Aunque las ventanillas estaban ocupadas, dentro había bastante sitio. Saludó con un cortés «Buenas noches» en español a los restantes pasajeros, pues observó que entre éstos había mayoría de mexicanos, y tomó asiento, quedando sumido a continuación en el más absoluto mutismo. Los otros hombres que iban en la diligencia le miraron con atención, sobre todo a causa de su bastón rojo.

—¿Te has fijado en ese tipo? —preguntaba en ese momento el mayoral a su ayudante—. Tenía mirada de asesino.

El ayudante depositó en el lugar que le correspondía un rifle que ya tenía empuñado por la caja. Luego sonrió, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Tal vez ojos de asesino no, pero sí de pistolero. Por un momento he creído que era uno de esos tipos que detienen las diligencias mientras sus compañeros se preparan para el asalto, aunque iba demasiado bien vestido para eso. Pero por si acaso yo ya tenía

preparado el rifle. Uno no puede andar con contemplaciones por estas tierras.

—¿Y te has fijado en su bastón rojo? ¿Has visto tú alguna cosa más extraña que ésa?

El ayudante trató de hacer memoria.

—¡Un bastón rojo! ¿Dónde he oído yo hablar de ese detalle? Es algo relacionado con la guerra sin duda. —Se dio de improviso una palmada en la frente—. ¡Ah, ya sé! ¡El fiscal Bud Sherman! El hombre que un día hizo condenar a muerte a quince prisioneros sudistas porque habían tratado de evadirse ¡Diablos! ¡Se decía que ese tipo llevaba siempre como distintivo un bastón color de sangre! El mayoral había servido en el Sur. Se mordió los labios.

—¡Maldita sea su piel! ¡Si es ese tipo le pateo la cabeza aquí mismo! Tiró de las riendas para que se detuvieran los caballos, pero su ayudante le contuvo.

—Déjalo. No estamos seguros de nada. Puede ser un tipo a quien le haya dado por llevar un bastón rojo, vete tú a saber. Si haces una barbaridad puede costarnos caro. Recuerda que los dos estamos a prueba.

El mayoral se mordió los labios otra vez.

—Eso le salva. Pero en cuanto acabemos el viaje puede que le ajuste las cuentas a ese cerdo.

Entretanto, el hombre que estaba en el interior miraba con extraña atención su bastón rojo. Ya desde sus tiempos de abogado en Nueva York, Bud Sherman lo había usado para salir a pasear. Era su distintivo, su tarjeta de identidad y hasta su mascota. Solía decir que mientras lo tuviese cerca nada malo podía ocurrirle. Y en efecto nada malo le había ocurrido hasta ahora. Hasta que una bala le atravesó el corazón.

Con los ojos cerrados, dominando su sorda congoja, Reginald Spencer trató de ordenar sus pensamientos y sus recuerdos. Bud y él jamás habían sido amigos, sino simples compañeros en otro tiempo, y además la guerra los situó en campos diferentes. Pero sabía Dios que él no había querido matarle. Tan sólo en el último segundo, al enfrentarse a la salvaje ley de dar o recibir plomo, había decidido que su vida valía más que la del adversario. Pero ahora tenía la sensación de que aquel disparo era algo que posiblemente lamentaría durante todos los días de su existencia. Además, después

del disparo, había venido lo otro.

«Lo otro» consistía en haberse apropiado de las ropas del cadáver, su arma, su cartera, su bastón. Jamás Reginald había hecho en su vida nada tan miserable. Pero entre ser un fugitivo en México a poder seguir viviendo en Texas, aunque fuese de una manera clandestina, había elegido esta última posibilidad.

Con la cartera trataba de disimular el impacto que había en la levita, a la altura del corazón, y la pequeña mancha de sangre. Pero ahora los restantes pasajeros ya no se fijaban tanto en él, y vencidos por el cansancio adoptaban posturas indolentes sin mirar a ningún sitio. Como además la oscuridad iba siendo cada vez más intensa, dejó de disimular y puso la cartera sobre sus rodillas, abriéndola. Dentro no había dinero, pero sí algunos documentos. A la vacilante luz que aún entraba por una de las ventanillas, los leyó.

Todos eran documentos legales, que por su profesión Reginald entendió perfectamente. Por uno de ellos se nombraba al honorable Bud Sherman, fiscal especial en El Paso para la represión del bandidaje en la frontera. Por otro se le daba cuenta de la primera causa en que debería actuar. Se trataba del juicio contra una tal Irina Wells, que había asesinado en las cercanías de la ciudad a un capitán nordista. El crimen había sido realizado por la espalda y con la concurrencia de una serie de agravantes más, como la nocturnidad y el despoblado. Teniendo en cuenta que la víctima formaba parte del ejército de ocupación, no era aventurado suponer que a Irina Wells, fuese quien fuese, sólo podría esperarle la horca.

Había otros documentos, pero se referían a asuntos que Sherman había dejado pendientes en su anterior destino, en Dallas. Reginald los volvió a guardar todos en la cartera, la cerró y trató de pensar en otra cosa.

En ese momento se detuvo la diligencia. Reginald vio a través de la ventanilla un par de barracones medio iluminados por las luces de petróleo. Sin duda acababan de llegar a una parada donde podrían cenar antes de reemprender el viaje, que aún habría de durar toda la noche.

La portezuela fue abierta.

—Nos detendremos tres cuartos de hora —dijo el mayoral—. Los que deseen cenar pueden hacerlo aquí.

Deseaban cenar todos. Fueron bajando, y Reginald Spencer lo hizo

el último. El mayoral se le quedó mirando con una expresión extraña, dirigiendo de vez en cuando ojeadas a su bastón rojo.

—Oiga —preguntó de repente—, ¿es usted el fiscal Sherman?

El primer impulso espontáneo de Reginald fue decir que no, pero la aventura estaba iniciada y ya no podía volverse atrás. Además había un par de soldados nordistas mirándole apoyados en el barracón, y ante éstos sería arriesgado mentir. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sí.

—¿Sí, eh? Pues tome..., ¡jesto!

El puño derecho del mayoral salió disparado igual que una catapulta hacia el mentón de Reg, quien pudo esquivarlo a duras penas retrocediendo un paso. Pero de todos modos el impacto fue tan fuerte que no pudo conservar el equilibrio y cayó hacia atrás, sobre el polvo.

—¿A qué viene eso, amigo? ¿Es acaso una atención que la compañía tiene para con los viajeros, a fin de que no se duerman?

El mayoral apretó las mandíbulas.

—Sé que presentará usted una denuncia al término del viaje y que esto me costará el empleo, pero no me importa. La satisfacción de haber pegado a un cerdo de esa categoría compensa de todos los sinsabores. He oído hablar mucho de sus andanzas, y creo que lo menos que merece es una caricia como la que acabo deshacerle. Si algo lamento en esta vida es no tener más fuerza para matarle de un puñetazo.

—No presentaré esa denuncia, no tema. Es demasiado trabajo.

Fue a dirigirse hacia la puerta del barracón, pero tenía que pasar entre los dos soldados nordistas. A pesar de que debían considerar a Sherman como un superior suyo, el ejército yanqui no tenía entonces, ni ha tenido nunca, una disciplina demasiado rígida. Se pusieron con los brazos en jarras y le miraron de una manera insultante.

—¿Vienes a por más sangre fresca, vampiro? ¿El Paso es la única ciudad de Texas a la que te falta ensuciar?

Reg no contestó. Estaba tan sorprendido y abrumado que en aquel momento no hubiese sabido qué decir. Entró en el barracón y se sentó a un extremo de la mesa, que ya estaba servida. El encargado, un hombre de bigotes lacios y mirada comprensiva, se acercó a él.

—No haga caso, señor. La gente está muy revuelta desde que terminó la guerra.

—No, no hago caso. Pero tal vez me convenga darme cuenta de la actitud de esas gentes con respecto a mí. ¿De qué me acusan? ¿Qué crímenes me atribuyen en esta parte de Texas?

El encargado movió las cejas dubitativamente. Parecía como si no se atreviese a hablar.

—Explíquese, se lo ruego. Ya imaginaré que si no he reaccionado ante los insultos no reaccionaré porque usted me diga cuatro verdades.

El hombre seguía vacilando. Pero al fin, ante la mirada insistente de Reg, murmuró:

—Se le acusa de haber hecho sentenciar a muerte a varios prisioneros sudistas, por el simple hecho de haber intentado huir. Se le acusa también de haber solicitado siempre la pena de muerte en todos cuantos procesos ha intervenido, fuera justo o no hacerlo así. En Texas se dice que cuando usted interviene en algo es para dejar una mancha de sangre. Cuando hizo condenar a muerte a aquel muchacho de catorce años que había querido alistarse en las filas del Sur, su triste fama creció en todas partes. Créame, no es nada agradable decirle todo eso, pero usted me ha preguntado por qué le odian en esta tierra.

Reg inclinó la cabeza, mirando al suelo. Un súbito rubor había invadido sus facciones, y estaba tan avergonzado como jamás lo estuvo en su vida. Faltó poco para que se levantara, rompiera el bastón en mil pedazos y dijera a gritos que él no era Sherman ni lo había sido nunca. Pero se contuvo.

—Le han reconocido por su bastón —dijo el encargado—. No debiera usted llevarlo, tal como están las cosas. Sin él pasaría mucho más desapercibido. ¿O es que le gusta que le reconozcan?...

Reg seguía con los ojos bajos. No los levantó ni siquiera para decir:

—No, no me gusta. Pero siempre he llevado este bastón conmigo. Y, a propósito, no voy a cenar nada. Tráigame tan sólo, por favor, media botella de ginebra.

El encargado se alejó para cumplimentar el encargo. Reg observó que todos se iban sentando, pero muy apartados de él.

Se llevó la mano a la frente, consternado, pensando si no sería mejor decir que él no era Sherman, sino el hombre que le había

dado muerte. Pero eso significaría su fin.

Y fue en ese momento cuando tomó una decisión. Una decisión firme e inquebrantable que a partir de aquel momento había de transformar su destino.

CAPÍTULO II

LA MUJER DEL VESTIDO ROTO

El director de la prisión se encogió ambiguamente de hombros y dijo:

—Nuestro establecimiento penitenciario es pequeño y está mal acondicionado, señor Sherman. No podemos tener a los presos demasiado tiempo aquí. De modo que cuanto antes celebren el juicio contra esa mujer, será muchísimo mejor.

Reg movió un poco su bastón rojo, mientras con la cartera trataba de disimular nuevamente el impacto a la altura del corazón. Luego sonrió débilmente.

—¿Y por qué supone usted que esa mujer no va a volver aquí? ¿Y si resultase condenada, por ejemplo, a treinta años de cárcel?

La expresión con que el director de la prisión le miró entonces, resultaba todo un poema.

—¡Vamos, señor Sherman, no debe usted bromear conmigo! Tengo cierta experiencia en casos semejantes y además sé bien quién es usted. Me apuesto las dos manos a que esa mujer está enterrada la semana que viene.

—Ha tenido mala suerte, ¿no? ¿Cree usted que de haberle correspondido otro fiscal es posible que hubiese salido mejor librada?

—Sin duda. ¿Para qué voy a decirle ahora que es usted el hombre más implacable que actúa en los tribunales de toda la nación? Pero, en fin, ésa no es cosa mía. Yo me limito a custodiar a esa mujer hasta que la decisión final. No crea usted que esto sólo da poco trabajo. La mosquita muerta se nos escapó hace un par de días y logró apoderarse de un revólver, por lo que tuvimos que fijar una recompensa para quien la capturara. Tres hombres de la ciudad dieron con ella al fin, pero uno se dejó la piel.

Reginald Spencer suspiró con cansancio. Parecía como si de repente hubiese envejecido, como si bruscamente se hubiera dado cuenta de que llevaba sobre los hombros un peso demasiado gravoso. Al

director de la prisión no le pasó inadvertido ese gesto.

—¿Qué le ocurre, señor Sherman? ¿Está usted fatigado?

—No, no es fatiga. ¿Dice usted que esa mujer logró escapar y apoderarse de un revólver?

—Sí, y como le digo mató a un hombre. Eso agrava de modo definitivo su situación. Créame, no le va a dar demasiado trabajo este caso. Bastará con que diga usted ante el jurado un par de palabras y..., ¡hala, a la horca!

—¿Podría usted decirme cuál es la obligación de un fiscal, señor?

El otro pareció sorprendido.

—Me deja usted un poco parado con esa pregunta, la verdad. Pero si quiere que le conteste, yo diría que la obligación de un fiscal consiste en acusar y obtener para el acusado la pena más grave posible, a fin de que el escarmiento sea notable y la gente se dé cuenta de que no es buen negocio el delito.

—Explicación tan simplista me conmueve —musitó Reg sonriendo ligeramente—. Yo diría que la obligación del fiscal es otra, señor. Consiste en averiguar la naturaleza del delito cometido, la participación que en él ha tenido el acusado y las circunstancias que concurren en el caso. No debe llevar nunca la acusación más allá de lo estrictamente necesario, pues en cierto modo y aunque parezca una paradoja, el procesado está bajo su protección.

Se puso en pie, y el director de la cárcel le imitó. La verdad era que todas aquellas frases le dejaban perplejo, viniendo de un tipo como Bud Sherman, el sanguinario. Pero llegó al fin a la conclusión de que todo aquello lo decía el fiscal para divertirse, para desorientarle, y que luego pediría a gritos la cabeza de la acusada, en cuanto la tuviese delante.

—Podríamos ver a esa mujer —dijo Reg en voz baja—. Me conviene interrogarla.

—Como guste.

El director de la prisión paso delante de él para acompañarle a la celda.

Llegaron ante una puerta, que un carcelero abrió a una seña del director. La hoja de metal, al girar, dejó al descubierto un rectángulo de unos tres metros de lado, con una litera adosada a una de las paredes y una ventana enrejada que dejaba atravesar los rayos del suave sol de la tarde.

No parecía haber nadie allí. El carcelero rugió:

—¡Irina, esa maldita!...

Salió hacia el interior. Algo duro y contundente fue hacia su cabeza, partiendo de detrás de la puerta, pero no llegó a alcanzarle del todo. Con una maldición, el guardián estiró ambos brazos y zarandeó brutalmente un cuerpo que estaba tras la puerta de hierro. Ese cuerpo fue lanzado sobre la litera, y entonces tanto el director como Reginald Spencer pudieron ver que se trataba de una mujer con el vestido roto.

Ésta aún sostenía en su derecha una pequeña barra de hierro, arrancada sin duda del armazón de la propia litera. El guardián se la arrancó de un manotazo.

Pero Reg no se fijó en eso. Ni se fijó en la celda, ni en los dos hombres que le acompañaban, ni en nada que no fuese aquella mujer.

Sólo la mujer.

Debía tener unos veinte años, y era rubia. Su rostro era puro, angelical y dulce, pero su expresión no. Su expresión era agresiva y salvaje dentro de eso, de una estremecedora belleza, con esa belleza que tienen, por ejemplo, las cataratas, la selva, el mar embravecido o los ojos de un tigre. Esa belleza virgen y espontánea que sólo da la pureza de algo que no ha sido dominado aún. Reg, en su falso papel de fiscal, fue recorriendo por un estremecimiento.

Jamás había visto, tampoco, una mujer de formas tan perfectas. Su juventud era como una flor recién abierta, surgida de un capullo tan potente que hubiera hecho inclinar la planta.

Reg recordó la frase que oyera poco antes. Dentro de una semana esa mujer estará enterrada. Y se estremeció otra vez.

—¡Maldita Irina!

El guardián estaba a punto de golpearla. La voz del director, seca y metálica, ordenó:

—Déjala.

Y entraron los dos hombres en la celda. El director se creyó en la obligación de añadir:

—Teniendo en cuenta el triste destino que le espera, es mejor que se la trate con cortesía y educación. El fiscal encargado de este caso es el señor Bud Sherman.

Volvió los ojos hacia el joven, presentándolo mudamente. Tanto el

guardián como la prisionera se le quedaron mirando con ojos donde se leía el asombro.

—¡El fiscal Bud Sherman! —susurró el guardián—. ¡No quisiera estar yo en el pellejo de esta arpía! ¡Eso significa pena de muerte!

—Es posible —murmuró Reg, sin querer mirar a nadie en concreto—. Pero antes debe celebrarse el juicio. Les ruego que, con objeto de interrogarla, me permitan hablar a solas con la prisionera.

La puerta se cerró tras ellos. La mujer, sentada en la litera, miró fijamente al hombre. Y fue entonces cuando dijo aquella frase increíble:

—Pensé que no llegarías nunca, querido. Por un momento llegué a creer que tú, el hombre que iba a ser mi esposo, no haría nada por salvarme.

CAPÍTULO III

EL ENIGMA

Reg había pasado por muchas cosas en su vida y creía tener ya el suficiente aplomo, pero de todos modos quedó mortalmente pálido al oír añadir a la mujer:

—¡Tantas veces como nos hemos jurado amor eterno!

Por un momento el joven llegó a pensar si aquella mujer estaría loca. O tal vez aquello era una estratagema para conseguir algo de él, mientras buscaba el modo de evadirse de nuevo. Porque era evidente que Irina Wells no le conocía personalmente, ya que él no la había visto en su vida. Y siendo así, ¿cómo se atrevía a afirmar que se habían jurado amor eterno muchas veces?

La posibilidad de que alguien le reconociese, o mejor dicho que alguien se diera cuenta de que él no era Sherman, ya había sido tenida en cuenta por Reg, quien al embarcarse en la aventura decidió correr ese riesgo. Pero lo que nunca pudo esperar era que se produjese una situación como la que ahora estaba viviendo. Entrecerró los ojos y dijo:

—No recuerdo exactamente. ¿Hace mucho tiempo de eso?

Notó que ahora palidecía la mujer. Palideció de un modo tan repentino que él se dio cuenta de que había dicho la verdad, y de que efectivamente ella creía que en un tiempo estuvieron a punto de casarse. Trató desesperadamente de ordenar sus recuerdos, de buscar la imagen de aquella mujer en algún rincón de su pasado, por remoto que fuese, pero no halló nada. Nada.

Sin embargo, ella había dicho la verdad. Se le notaba en la desorientación terrible de sus ojos.

—Puede que hablando nos comprendamos mejor —musitó él—, porque en realidad apenas si hemos tenido tiempo aún de mirarnos a la cara, y en esas condiciones cualquier equívoco es posible. Yo soy Bud Sherman, el fiscal. ¿Te llamas tú Irina Wells?

—¡Irina Wells, claro! —dijo ella apasionadamente—. ¿Es posible que no me recuerdes, Bud? ¿Puedes haber olvidado en un solo

momento las docenas de cartas que llegamos a escribarnos, las promesas que nos hicimos a lo largo de un año?

¿A lo largo de un año? ¿No estaba ella en zona sudista y él, es decir, Sherman, en la zona norte? No hacía aún un año, ni mucho menos, que la guerra había concluido. Perplejo por este nuevo pensamiento apretó los labios y no contestó, dejando que fuera ella la que continuase.

—Me hacías llegar tus cartas a pesar de la guerra, por medio de los comerciantes y los fugitivos. No es posible que no lo recuerdes, Bud. Un hombre puede olvidar muchas cosas, pero no eso.

—No lo he olvidado —dijo él, comprendiendo que tenía que afrontar aquella nueva situación—, pero ahora los papeles que a cada uno corresponden son muy distintos. Te ruego hablemos como dos desconocidos, Irina, hasta que la situación se formalice.

Ella le miró al fondo de los ojos. Y hubo una infinita y lejana desesperanza en su voz cuando dijo:

—Es que en realidad somos dos desconocidos, Bud. Es ésta la primera vez que te veo, y la primera vez que tú me ves a mí. Nunca hubiese soñado que nuestro encuentro tuviera que producirse así —añadió—. Nunca.

—No sé si te habrás dado cuenta de que soy el fiscal, no el defensor. Por consiguiente cualquier cosa que me digas puede redundar en perjuicio tuyo, al menos oficialmente. Te hago esta advertencia previa antes de seguir adelante, porque es mi deber. Háblame ahora de los motivos de la acusación. Háblame del crimen.

La muchacha apretó los labios y desvió la mirada. Seguramente no había esperado jamás aquello, y ahora debía sentir como si las paredes se desmoronasen a su alrededor. Pero Reg se mantuvo inflexible.

—Habla.

—Estoy acusada de haber dado muerte al capitán Cirył Roberts, del muy honorable, muy poderoso, muy victorioso y muy podrido ejército del Norte. Según parece le di muerte por la espalda y empleando un «Colt» modelo militar. Eso es todo.

—Y..., ¿es cierto?

—No.

Había rotundidad en la voz de la muchacha.

—Puede convenirte más decir la verdad.

—Si hasta los culpables aseguran que son inocentes —sonrió con tristeza ella—, ¿por qué van a decir los inocentes que son culpables?

—Pruebas contra ti. ¿Cuáles son?

—Las hallarás relacionadas en la copia del sumario que te darán sin duda. Pero puedo explicártelo todo porque me lo han leído varias veces: El capitán Roberts fue hallado muerto al borde de un camino por el que yo acababa de pasar, según varios testigos. En mi caballo había manchas frescas de sangre y, además, yo llevaba al cinto un revólver como el que había servido para causar la muerte al capitán. Todo un poema. No hay ya manera de salvarme, según el juez, pues con pruebas mucho menos concluyentes se envía aquí a la horca.

—¿Erais enemigos el capitán y tú? —preguntó Reg con un tono lejano, estrictamente profesional.

—Habíamos discutido en público varias veces. Y yo había llegado a insultarle.

—¿Delante de testigos también?

—Sí.

Reg se mordió los labios.

—Cualquier fiscal se relamería de gusto ante pruebas tan concluyentes. ¿No sientes miedo al pensar que ese fiscal soy yo, el sanguinario Sherman?

—He oído hablar mucho de ti —dijo pensativamente la muchacha, sin mirarle—, pero me resisto a creer que todo sea cierto. Debe haber mucho de leyenda en eso que se dice..., porque de lo contrario sería demasiado horrible.

Pronunció las últimas palabras en un susurro, con los ojos fijos en el suelo.

—Me han asegurado que trataste de huir, y que lo conseguiste. Además me han asegurado que mataste a un hombre.

—Sí, era uno de los tres Globert. Ellos mismos me habían ayudado a huir.

—¿Cómo?

Había perplejidad en la pregunta de Reginald.

—Sí, me ayudaron a huir para luego capturarme, cobrar la recompensa y además divertirse conmigo lo que pudieran. ¿Te sorprende?

Sí, a Reg le sorprendía. Ni en la guerra había visto maniobras tan canallescas. Y así lo dijo:

—Los Globert no son hermanos ni primos ni nada, pero siempre van juntos y todo el mundo les llama así —continuó la muchacha—. Viven en El Paso de lo que les sale, siempre y cuando no signifique más trabajo que manejar el revólver. Pero principalmente andan locos por las chicas, y de entre todas las chicas la que más les enloquece soy yo.

Calló unos instantes, como si le avergonzase proseguir.

—Sigue... —musitó—. Sigue.

—Los Globert sabían que alguien iba a ofrecer una recompensa si yo llegaba a huir de la cárcel, y en parte por eso y en parte por aprovecharse de la situación, me ayudaron a escapar.

—Alto —murmuró Reg—. ¿Quién iba a ofrecer una recompensa si tú huías de aquí?

—La misma persona que me atribuyó el crimen.

—¿Sospechas quién pueda ser?

—No, de ningún modo.

—Pero ellos sí debían saber algo, desde el momento en que obraron de esa manera.

—Posiblemente. Y es que los Globert siempre saben muchas cosas. Cuando uno está horas y horas apoyado en la columna de un porche, mascando tabaco y escupiéndolo a los pies de las chicas, se da cuenta de muchas cosas que los otros ni siquiera ven; Los Globert saben quién entra y quién sale de los edificios, qué personas en El Paso se hacen visitas, dónde viven los matrimonios que se entienden bien y los que se entienden mal. A veces han empleado el chantaje como medio de vida. Y por eso no es extraño que en este caso sepan algo más que yo.

Había un punto oscuro en aquel relato. Reginald Spencer dio en seguida con él.

—¿Te proporcionaron los Globert también el revólver? Eso era demasiado arriesgado.

—No. El revólver lo conseguí yo inesperadamente, tras atacar a un guardián por la espalda. Ellos no podían ni imaginar que yo fuese armada. Pero se llevaron una buena sorpresa.

—Hablaré con los Globert —decidió Reg—. Pueden ser una buena pista. ¿Quién te defiende?

—Un abogado a quien yo no conocía. Vino a verme ayer y me prometió que me sacaría lo mejor posible de este atolladero. Pero no confiaba demasiado en ello hasta que me enteré de que eras tú el encargado de la acusación. Entonces supe que estaba salvada, porque tú te limitarás a representar una comedia ante los del jurado, y lograré salir de este aprieto. Lograré salir porque soy inocente.

Reg se encogió de hombros de un modo casi imperceptible. ¿Qué decir a aquella mujer? Si no lograba otras pruebas que aquéllas tendría que solicitar la pena de muerte le gustase o no, y los del jurado accederían. Solicitar una pena menor no haría más que provocar un escándalo y llamar la atención del Gobierno para que se nombrase otro fiscal. Esto estaba fuera de toda duda. Susurró:

—Aún no me han entregado el sumario. Puedo tardar unos días, tal vez quince, en pedir la celebración de la vista. Mientras tanto hay que encontrar nuevas pruebas o todo está perdido. Pero a nadie debes hablar de la amistad que nos une, o eso sería causa de que se nombrase a otro fiscal.

—Lo sé. Y callaré todo lo que sea necesario. No sólo por salvarme a mí, sino también por salvar a mi hija.

Debía estar escrito que ése iba a ser un día de brutales sorpresas para Reg. Ésta fue la primera.

—¿Tu hija?

—Sí. Tiene ya cinco meses. No me permiten conservarla junto a mí, pero sé que está bien atendida.

Reg se llevó una mano a la frente, sin poder dominar su perplejidad.

—No..., no hubiera podido imaginar...

—Hay muchas cosas que no podrás imaginar en todo esto —murmuró ella como una sentencia—. Pero si no sientes piedad de mí, siente al menos piedad de mi hija.

Él dijo que sí, mecánicamente, sin darse cuenta siquiera.

—Te ha sorprendido y te ha desilusionado saber esto, ¿verdad? —susurró la mujer—. De decirme tú algo semejante creo que yo me hubiese echado a llorar. Sé que no puedo pedirte que mantengas lo que me dijiste por carta, y únicamente te ruego que me libres de la horca. Vi el otro día, a través de esa ventana, cómo ahorcaban a una mujer y es, es horrible. Pero aun así no te lo pido tanto por mí como por mi hija. Ella es aún más inocente que yo de todos estos

crímenes.

Reg tenía ganas de llorar o de reír. Ganas de ponerse a lanzar gritos. De todo aquel misterio incomprensible no entendía absolutamente nada, y cuanto más pensaba en todo esto más extraño le parecía. Simplemente de un modo mecánico, como para ordenar sus ideas, preguntó:

—Tú te llamas Irina Wells, ¿verdad?

—Sí, y he nacido en El Paso, como tú bien sabes. Pero durante muchos años estuve viviendo en Dallas.

¡Dallas, la ciudad! ¡Wells, el apellido! Ninguna de las dos cosas significaba nada para Reg, pero ambas palabras juntas decían mucho al fondo de su corazón torturado. Sintió ahora lo que no había sentido al oír pronunciar aquel apellido: «Wells». Y, con labios temblorosos, preguntó:

—En Dallas..., ¿conociste a un hombre llamado John Spencer?

—¿John Spencer? ¡Claro que sí! —dijo la mujer—. John...

Reg se levantó rápidamente.

—Buenas tardes, Irina. Volveré a verte en otra ocasión.

No sabía exactamente lo que sentía en aquel momento. Pero sin duda era odio. Un odio amargo, venenoso, corrosivo. ¡Porque aquella mujer, Irina Wells, había sido la causante en Dallas de la muerte de John, su único hermano!

CAPÍTULO IV

EL PASO, CIUDAD FRONTERIZA

—Ésa es una tierra condenada, señor —dijo el hombre entornando los párpados—. Todos los ambiciosos, todos los pistoleros, todos los bandidos, parecen haberse dado cita aquí. Ni aun por la integridad de las familias consideradas como honorables podría apostarse hoy un solo dólar. Sé que la gente maldice el nombre del fiscal Bud Sherman, pero la verdad es que harían falta aquí un par de tipos como usted. La ciudad cambiaría inmediatamente.

—¿Dice usted que estoy alojado aquí por cuenta del Gobierno? —preguntó, cambiando de conversación.

—Exacto, señor. Y espero que su habitación le haya complacido.

—En efecto, es muy hermosa. Y debo decir, en honor a la verdad, que el *Paladium* es, con mucho, el mejor hotel de El Paso.

—Gracias, señor —dijo el hombre levantándose y sonriendo zorrunamente—. Le consideramos nuestro huésped de honor.

Hizo una inclinación de cabeza y se alejó. Reg quedó solo en la pequeña sala de visitas del *Paladium*.

Al llegar hasta aquí con nombre supuesto sólo había querido buscar una nueva oportunidad para rehacer su vida sin necesidad de huir a México. Esperaba que en dos o tres días le sería posible encontrar algo; y entonces se despojaría de aquellas ropas y enviaría al diablo todo lo que le recordase a Bud Sherman. Eso era lo que había pensado en principio.

Pero el hecho de que él hubiera matado a Bud Sherman le roía la conciencia, a pesar de las circunstancias en que el duelo se produjo. Y al darse cuenta de que el fiscal era odiado en todo Texas, él había pensado si no sería su obligación hacer algo para rehabilitarle. Empleando su nombre y sus atribuciones podía hacer mucho bien en El Paso y obligar a las gentes a respetar por convicción el nombre de Bud Sherman. Luego habría llegado el momento de desaparecer. Aunque el plan era arriesgado, porque podían reconocerle, consideraba todo aquello como un deber hacia el

muerto. Y ése era el estado de ánimo con que entró en la celda de Irina Wells, decidido a hacer lo posible por salvarla, a menos que fuese una hija del diablo y que en efecto mereciese la horca. Y se había encontrado con que en efecto, Irina Wells era una hija del diablo.

La historia de su pobre hermano John lo acreditaba así. Suboficial en el ejército del Sur cuando no tenía más que dieciocho años, se enamoró como un loco de una muchacha llamada Wells, a la que había conocido en Dallas. Esto lo supo Reg por la correspondencia que regularmente recibía por parte de John. En esas cartas le hablaba incluso de un pronto matrimonio de guerra. Y de repente John fue nombrado correo militar y encargado de transportar una elevada suma de dinero en moneda acuñada. Se lo explicó en una carta cifrada a Reg porque le dijo que tenía miedo. Le aseguró que la única persona que conocía eso, aparte él, era su novia. John emprendió el viaje y un día después era decapitado en la ruta, quemado su cadáver con petróleo y despojado de su dinero. El salvaje crimen conmovió a Dallas y aun a todo el Sur. Pero desde luego, como todo el mundo ignoraba, excepto Reg, que la muchacha llamada Wells supiese algo de la misión encomendada a John, nadie fue a molestarla. Sólo Reg una semana más tarde, solicitó y pudo obtener unos días de permiso para dirigirse a Dallas y tratar de hablar con aquella mujer. Empeño inútil, porque había desaparecido ya. Sólo pudo obtener algunos informes relativos a su hermosura, que según los hombres era extraordinaria y según las mujeres «no había para tanto». Pero ni un daguerrotipo, ni un dibujo de su rostro. La mujer se había esfumado como una serpiente después de lanzar su veneno. Reginald tuvo que regresar a su destino cabizbajo y comprendiendo que la muerte de su hermano no sería vengada nunca. Había en el Sur muchas mujeres llamadas Wells, y jamás podría encontrar a la que John conoció. Pero de repente había cambiado.

Reg se mordió insensiblemente los labios mientras pensaba en los últimos sucesos. Y comprendió que tenía en las manos una ocasión única para vengar a su hermano. Le bastaba pedir que se abriese inmediatamente el juicio oral contra Irina Wells, la muchacha rubia; luego se limitaría a exponer las pruebas ante el jurado, y la sentencia de muerte era en tales circunstancias completamente

segura Si todo iba normalmente, antes de una semana Irina Wells había de estar bajo tierra. Y este pensamiento, pese a lo brutal que era, no le produjo ninguna emoción especial. Fue como si aceptase sencillamente un hecho de la naturaleza. Si Irina era una víbora, justo parecía que se tuviera sobre ella el derecho de cazarla y darle muerte.

No le importaba su belleza. Al diablo toda aquella maravillosa arquitectura. También las serpientes, cuanto más venenosas son, más bonita tienen la piel.

Había tomado, pues, la decisión de que se abriera inmediatamente el juicio oral, con lo que así evitaría perder tiempo y estaría menos en riesgo de que alguien le reconociese, cuando oyó un roce suave de sedas muy cerca de él.

Reg tenía los ojos cerrados. Los abrió poco a poco.

Una mujer se había acercado en silencio hasta la butaca que él ocupaba, y de allí provenía el frufrú de sedas que acababa de escuchar. Reg levantó la cabeza de repente y sintió incluso como una sacudida en su cuello.

La mujer que se acercaba hubiera llamado la atención en cualquier parte.

—Estoy sorprendido —dijo el hombre tratando de no mirarla con demasiada fijeza—. Cualquiera diría, viéndola avanzar con tanta decisión hasta este sitio, que me buscaba usted a mí.

La sonrisa de la mujer se hizo más expresiva.

—Y a usted le busco, precisamente.

—Entonces he de suponer que éste es el año de mi buena suerte. Debería preguntarle dónde nos hemos conocido y cómo sabe quién soy, pero al sol no se le pregunta por qué hace su aparición. De modo que puede ahorrarse presentaciones y hablar usted todo lo que quiera.

—Le imaginaba a usted de otro modo. Algo más viejo y con una mirada más dañina. Tiene usted aspecto de buen muchacho, si me permite decirlo. Y eso no está muy de acuerdo con su fama.

—La fama no es obra de uno, sino de los demás. Yo puedo no ser responsable de lo que los otros digan de mí.

—Es que han dicho muchas cosas, señor Sherman. Y muy duras.

Reg entrecerró los ojos un instante.

—Dígame cómo se llama usted.

—Mi nombre le sorprenderá —sonrió la mujer, muy segura de sí misma—. Me llamo Marcia Wells.

Los hombros de Reg sufrieron un casi imperceptible estremecimiento.

—¿Wells? ¿Es que tiene usted algo que ver con la mujer que está actualmente en la cárcel?

—Sí, mucho. Es mi hermanastra. O, por mejor decir, es una muchacha a la que recogimos de niña por pura caridad. Sabía entonces que se llamaba Irina, pero no tenía apellidos. Mi padre, también por candad, le dio los de nuestra familia, y aun le otorgó una pequeña dote para cuando contrajese matrimonio. Ya habrá visto usted que los resultados no son muy halagüeños ni han correspondido a las esperanzas que todos depositamos en esa pobre criatura.

—¿Estuvo usted alguna vez en Dallas? —preguntó Reg de improviso, cortando casi la frase de la mujer y observando atentísimamente la reacción que en ella se producía.

—No.

La voz y la expresión de la mujer reflejaban una sinceridad absoluta.

—Irina sí que estuvo en Dallas —continuó ella, viniendo así a confirmar lo que la misma prisionera le había dicho—. Bastante tiempo, tal vez un año.

—¿Sabe si conoció allí a un suboficial del Sur llamado John Spencer?

La mujer pareció reflexionar.

—Sí, creo que sí. Es más, estoy absolutamente segura, si he de serle sincera. Irina nos había hablado de algo así como un compromiso matrimonial con un muchacho llamado John. Pero él murió, según creo. Cosas de esta horrible guerra.

«Cosas de esta horrible guerra», Reg no las llamaba así. Pero ya había averiguado algo de modo completamente indubitable y era que Irina Wells fue la muchacha que estuvo en Dallas y que fue causa de la muerte de su hermano.

La pregunta que hizo a continuación puso un leve temblor en su voz.

—Creo que Irina tiene una hija de cinco meses. Permítame decirle que yo conocí a John Spencer y que le consideraba todo un

caballero. Pero a veces la guerra vuelve locos a los hombres. ¿Es, es esa niña hija de John?

Temió que su excitación le traicionara, pues le iba mucho en aquella pregunta pero Marcia Wells, la mujer que estaba sentada frente a él no pareció notar nada extraño. Y la respuesta que dio dejó completamente tranquilo a Reg.

—No, no, por supuesto. De ser lo que usted supone yo le habría hablado de ese tal John Spencer en muy distinto tono. Irina tuvo un desliz con una persona perfectamente conocida de todos nosotros. Quizá es, como usted dice, que la guerra enloquece a los hombres. Yo añadiría que vuelve inconsciente a las mujeres. El caso es que esa pobre muchacha tiene ahora muchas cosas que lamentar.

Reg unió sus manos, aquellas manos que tan bien sabían manejar el revólver, y trató de darle una apariencia reposada y pacífica.

—Usted sabe que voy a acusar a Irina Wells ante un jurado, y sin duda por eso ha venido a verme. Aprovecharé esta feliz circunstancia para hacerle una pregunta que puede ser decisiva en la marcha del proceso. Contésteme, se lo ruego, con la máxima sinceridad. ¿Quién es el hombre de Irina Wells?

Ella sonrió de nuevo, pero ahora tristemente.

—Creí que ya se lo habrían dicho. Era el capitán Ciryrl Roberts. Él hombre a quien ella mató.

CAPÍTULO V

QUE LA SOGA SEA BIEN FINA

Reg parpadeó. Se notó que había encajado mal el golpe.

—¿Está usted segura de lo que dice?

—Cualquier habitante de El Paso se lo confirmará. Ella no lo ha negado, sino que, por el contrario, lo afirmó en varias ocasiones. Y esas noticias, en el pequeño y turbio mundo en que vivimos, se extienden en seguida.

El lío en que estaba metida Irina Wells adquiriría cada vez proporciones más majestuosas. Y su corazón despiadado, de mujer a quien no importaba la muerte de los otros, también se ponía de manifiesto cada vez más. Reg Spencer comprendió que no debía vacilar en entregar aquella mujer al verdugo y vengar así a su hermano John. Que aquella hija del diablo se fuese con su padre, que la ahorcasen unos días más tarde con una cuerda bien fina.

—Pienso basar la defensa precisamente en este punto —dijo la dama—, pues como usted comprenderá, y pese a todos los disgustos que esa mujer ha proporcionado a nuestra familia, tenemos la obligación de ayudarla hasta el fin. He encontrado los servicios de un abogado y le he pedido que funde su defensa en el hecho de que el delito que nos ocupa es un crimen pasional, o al menos que puede ser considerado así. Usted sabe bien que los jurados se impresionan ante esa clase de dramas, y que difícilmente condenan a muerte a una mujer que fue engañada. En esto está, de hecho, la única posibilidad de nuestro triunfo.

—Y viene a pedirme que no la estropee, ¿eh?

La mujer sonrió de nuevo.

—Admiro su perspicacia, señor Sherman. Ha acertado usted exactamente en la razón de mi visita. Conozco su fama de hombre insobornable y sé incluso que se irritará contra mí. Puede que incluso resulte contraproducente mi visita, pero hay razones muy poderosas que me han inclinado a hacerla. Usted debe comprenderlas por muy inflexible que sea. Mi intención, en

resumen, es pedirle que no se ensañe con esa pobre mujer. Que, aun cumpliendo con su obligación, dé a este asunto un enfoque lo más benévolo posible dentro del espíritu de las leyes. No se tome usted demasiado trabajo en hacer condenar a Irina. Es cuanto le pido. Y si así lo hace, tenga en cuenta que sabremos agradecersele. Mi familia es la más rica de la ciudad y una de las más ricas que quedan por el Sur. Nuestra palabra es palabra de reyes. Y nuestra magnificencia es muy conocida en Texas; de modo que usted tendrá motivos para alegrarse de haber obrado así.

—¿Trata usted de sobornarme? —preguntó él al fin, con una sonrisa triste—. No lo hace bien. Si yo fuera sobornable le diría que una mujer de su belleza comete una equivocación al hablar de dinero a un hombre. Pero precisamente me permito anotarle esto, como dicho al margen, porque yo no soy sobornable. A mí no me importa nada más que cumplir lo que considero mi deber. De modo que dé por fracasada su gestión y advierta a su abogado que tendrá que trabajar de firme si pretende convencer a los del jurado acerca de la tesis del crimen pasional. Ahora bien, personalmente no puedo sentirme ofendido por usted. Ha hecho lo que cualquier otra persona en sus circunstancias. De modo que hablemos de otra cosa, *miss Wells*, y dejemos muerto aquí ese enojoso y complicado asunto.

—Hay algo en usted que me deja asombrada, señor Sherman —susurró—. Y no miento si le digo que me gustaría que fuésemos grandes amigos.

—Desgraciadamente estaré en El Paso muy poco tiempo y eso me impedirá ser amigo de nadie. Pero agradezco de verdad sus palabras, aunque en el fondo de ellas late una mentira.

—¿Qué es mentira, señor Sherman? —preguntó ella irguiendo un poco el busto.

—Usted, yo, Irina y todo lo que nos rodea; todos estamos hundidos en la mentira. En todos nosotros hay algo de falso en estos momentos. Pero a pesar de ello le agradezco sus palabras.

Se puso en pie. Marcia le imitó, y sus ojos le escrutaron con cierta expresión de desafío.

—Es usted el primer hombre a quien mi belleza no dice nada, señor Sherman. El primer hombre que se pone en pie delante mío como dando por terminada una conversación. Le deseo una feliz estancia

en El Paso y un gran éxito en sus asuntos señor Sherman. Le regalaré una soga de seda para cuando usted logre hacer ahorcar a Irina.

Dio media vuelta, con cierta violencia y se alejó. Pero no había llegado aún a la puerta cuando la detuvo la voz de Reg Spencer, a quien ella creía Sherman.

—No me ha dicho usted aún dónde vive. Puede que me interese visitarla o hacerla comparecer como testigo.

Hubo altanería en la voz de la mujer cuando se volvió para contestarle:

—En el sumario encontrará mi dirección que era la misma de Irina, esa pobre muchacha. Pero por si usted no sabe leer le diré que vivo en la mansión Wells, muy conocida por su magnificencia en cualquier lugar de El Paso.

Reg sonrió. Y entonces, al verle de pie ante ella, se dio cuenta Marcia de que aquel hombre era extremadamente joven, casi un adolescente. Su rostro no presentaba relieves angulosos ni duros y su expresión era más bien dulce y hasta un poco compasiva. Sólo en sus ojos había un abismo. Y al mirarlos se tenía la sensación de que aquellos ojos habían visto demasiadas cosas y que para ellos no había nada que fuese verdadero, legítimo o puro. Quizá el secreto de la maldad que se atribuía a Sherman estuviese en aquellos ojos.

—Se ha ofendido usted de repente porque no me ha impresionado ante su belleza. Sin duda está acostumbrada a que los hombres de El Paso caigan rendidos a sus pies. ¿Puedo preguntarle si está prometida a alguien?

—A nadie... aún.

—En tal caso considéreme como un enloquecido admirador de sus encantos. Espero que tengamos ocasión de volver a vernos, *miss* Wells.

—Desde luego. El Paso es todavía una ciudad pequeña, y un hombre y una mujer pueden tropezarse cada día aun sin tener ese propósito. Reg cambió repentinamente de conversación. Tan repentinamente que desconcertó a la mujer.

—¿Quién cuida ahora de la hija de Irina?

—Pues, nosotros.

—¿Seguirán cuidándola en el caso de que ella sea condenada a muerte?

—Eso está fuera de toda duda. En el caso de que... eso que usted dice ocurriera, yo cuidaría de la hija de Irina como si fuese mía.

—Pudo perfectamente serlo. Hará usted bien en cuidarla si el caso se presenta. Y no le sorprenda si en cualquier momento paso por su casa a ver a esa pequeña.

Marcia se estremeció ahora.

—Cuando guste, señor Sherman.

Salió ahora definitivamente de la habitación. Reg, pensativo, se quedó contemplando la puerta por la que ella acababa de marchar. Luego se encogió de hombros, apesadumbrado, mientras volvía a su asiento. En ese instante entró uno de los dos ordenanzas del juez llevando bajo el brazo una voluminosa carpeta de papeles. Tras presentarse, la depositó sobre la mesa.

—Es el sumario. Puede usted empezar a leerlo cuando guste.

—Gracias. Me lo llevaré a mi habitación.

Así lo hizo. Y estuvo leyendo hasta altas horas de la noche. A través de mil repeticiones, declaraciones innecesarias y datos que para nada servían, se confirmaban claramente todos los datos que hasta entonces recibiera acerca de la muerte de Cyril Roberts. E Irina Wells se dibujaba con tanta claridad como la única culpable que supo al terminar de leer aquello que estaba irremediablemente condenada a la horca.

Decidió no preocuparse por eso. Así quería el destino que pagase por la cruel muerte de John. Tendría una fina soga de seda, tal como había dicho Marcia. Una soga que no se rompería cuando la trampa se abriese bajo los pies.

Sin detenerse a pensarlo más, Reg redactó un escrito de conclusiones y pidió que la vista oral del proceso se abriese inmediatamente.

CAPÍTULO VI

LA ACUSACIÓN COMIENZA

Reginald Spencer conocía de la vida lo más despiadado y amargo. De hecho nunca había disfrutado aún de una verdadera época de bienestar o de paz. Nacido en Texas, se había costeadado los estudios en Nueva Orleans enseñando tiro y lucha en los salvajes villorrios de la zona Este. Y en realidad se sentía más feliz cuando hacía esto que cuando se inclinaba sobre los textos legales, pero había prometido a su padre antes de morir que él sería algo en la vida para sacar adelante a su hermano John. Propositiones no le faltaron durante este tiempo, pues hubo quien le dijo que sabiendo tirar de aquella manera podía ser rico en veinticuatro horas, y hasta le explicó el lugar donde se podría dar el «golpe». Pero Reg consideraba que no era por ese camino por donde uno empieza a ser algo en la vida. Y siguió estudiando, hasta que estalló la guerra precisamente cuando él empezaba a ver algunos indicios de luz en su porvenir.

En estos momentos no era más que un fugitivo que se había atrevido a organizar una farsa monumental con tal de limpiar la memoria de un muerto. Bastaría que alguien le reconociese para que todo aquello terminara a golpes de gatillo. En estos momentos no tenía ni siquiera un nombre. Pero cuando entró en la sala de sesiones del Juzgado de El Paso era para todos el omnipotente fiscal Bud Sherman, y docenas de ojos se posaron en su alta figura con respeto, temor y odio. Antetodo odio.

Irina Wells, que estaba sentada en el banquillo, con sus hermosos cabellos rubios cayéndole sobre los hombros, fue la única que le dirigió una mirada donde no se leía ninguno de estos sentimientos. En sus ojos sólo hubo una especie de sorpresa la sorpresa del animal inocente a quien conducen al matadero y que parece preguntarse cómo a su alrededor puede haber tanta maldad.

Reg evitó mirarla. No debía sentir piedad. Se había metido en aquello para limpiar la memoria de Sherman, pero ahora estaba allí

tan sólo para vengar a su hermano John. Eso era lo único que importaba.

Había trece personas en el jurado, con mayoría de mujeres. Todas esas mujeres sentirían envidia de la belleza de Irina y la harían condenar. Los hombres hubiesen sido mucho más benévolos. Reg tuvo en cuenta este detalle al pensar cuál iba a ser el resultado final del juicio.

La sala estaba abarrotada de público, pero Reg no reconoció a nadie. Mejor, porque así y al parecer, nadie le reconocía a él. Sólo vio en la primera fila a Marcia Wells, acompañada de un hombre ya entrado en años, pero muy vigoroso y de mirada zorruna, que parecía ser su padre. Una verdadera corte de individuos bien vestidos, aunque de expresiones torcidas, estaba alrededor de la joven. Reg los miró uno por uno, sin reconocerlos, pero vio que llevaban revólveres y que todos tenían las manos ágiles y finas, como las manos de los que sólo viven del gatillo. No obstante, como todo eso no le importaba, dejó de prestarles atención y se concentró en el estudio de los rostros de los miembros del jurado.

El secretario se puso en pie y leyó un resumen del sumario. Se acusa a Irina Wells de haber dado muerte a traición al capitán del ejército unionista Cyril Roberts, después de una discusión que fue presenciada por varios testigos. Las pruebas eran las que Reg ya conocía, pero en el sumario se estimaba premeditación porque Irina iba ya armada de un revólver. También se la acusaba de intentar fugarse y haber dado muerte a uno de los hombres que tan heroicamente trataron de detenerla.

Irina había escuchado sin pestañear todas las acusaciones hechas contra ella, pero al oír el calificativo «heroicamente» se puso en pie. Su cuerpo juvenil, esbelto, exuberante de formas, destacó de entre la masa gris que rodeaba por todas partes. Dirigió una mirada desafiante al secretario y luego volvió la cabeza para buscar con los ojos a alguien. Al ver a dos tipos bastante parecidos, vestidos como dos vaqueros, pareció haber encontrado lo que buscaba, y envolviéndoles en una mirada de desprecio susurró:

—Si los «heroicos» son esos dos hombres, voy a permitirme protestar. Porque los Globert no han sido nunca más que unas ratas fugitivas y cobardes.

Hubo un murmullo en la sala. El juez, furioso, se levantó:

—¡Las manifestaciones de la acusada no hacen más que agravar la situación! ¡Pido al jurado tenga en cuenta que a sus crímenes ha añadido una manifiesta insolencia!

Irina, con los labios apretados, se sentó. Reg cerró un momento los ojos, pensando en lo absurdo de aquella situación. El juez debió haberse limitado a imponer orden, sin añadir más. Ni siquiera tenía derecho a decir que Irina era una criminal, mientras el jurado no hubiese pronunciado su veredicto. En lugar de eso pedía al jurado que estuviese predispuesto contra ella. ¿Qué diabólico destino era el de aquella mujer, cuando había tantos seres dispuestos a condenarla? ¿Cuántas manos estaban fabricando ya el ataúd que había de contener su cuerpo, sus piernas largas y frías, sus manos, su cabellera rubia?

Notó que se producía un nuevo murmullo en la sala, pero éste mucho más suave. La gente que se hallaba más próxima a él le estaba mirando. Reg llegó a oír incluso esta frase:

—Un hombre tal cruel como Sherman ha perdido una buena ocasión para zarandear a la acusada. Lo que ha hecho el juez debió hacerlo él.

—Ya tendrá otras ocasiones. Sherman se reserva para el final, ya lo verás. Debe tener preparado algún golpe de efecto.

Reg prefirió no mirar a los que hablaban así. De todos modos era evidente que el público le consideraba como una de las grandes atracciones del proceso. Todos querían ver cómo Sherman, el sanguinario, enviaba al ataúd a una muchacha rubia.

El secretario estaba iniciando la segunda parte de su lectura, después de la interrupción. Citaba los nombres de una serie de testigos que comparecerían por la acusación y ninguno por la defensa. Y terminaba cediendo la palabra al fiscal para que informase acerca de los hechos, si el juez así lo estimaba oportuno.

El juez lo estimó oportuno.

Antes de disponerse a hablar Reig buscó con los ojos al abogado defensor de Irina. Era extraño, pero hasta entonces no se había preocupado para nada de su presencia, tan convencido estaba de que fuese quien fuese, nada lograría hacer para salvar a su cliente. Pero el hecho de que no hubiera presentado un solo testigo para que declarase a favor de la acusada le pareció imperdonable y por eso quiso verle. Reg Spencer, el falso Sherman, tuvo entonces una

gran sorpresa.

La persona que ocupaba el estrado frontero al suyo, en el lugar que correspondía a los defensores, era una mujer. No una mujer severa y vieja, como uno imagina a una abogada, sino una auténtica señorita, una bellísima joven cuyos ojos negros y profundos reflejaban una fría decisión. Reg se humedeció con la lengua los labios que habían quedado instantáneamente secos.

—Tiene usted la palabra —indicó el juez, mirándole.

—Como es lógico interrogaré primero a los testigos —murmuró Reg sin mirarle— y trataré de llevar al ánimo de los miembros del jurado la absoluta convicción de la culpabilidad de Irina Wells, de tal modo que luego sobren todas las palabras. Estoy firmemente dispuesto a que por debajo de la belleza de la acusada advirtamos todos el corrompido corazón que la ha impulsado los actos de que hoy se la inculpa. Solicito de los miembros del jurado que no se dejen influenciar por la expresión más o menos virginal, por la juvenil edad o por la belleza fingidamente candorosa de la mujer que hoy ocupa el banquillo. Lo que es delito para el más astroso pistolero lo es también para la más refinada o para la más atractiva de las mujeres. Y hechas estas consideraciones, que ruego al jurado tenga muy en cuenta, podemos pasar al examen de los testigos. Solicito la presencia del señor Rufus Kartell.

Rufus Kartell, a quien Reg no conocía, resultó ser un hombre gordinflón y bien vestido, con aspecto de persona honorable. En realidad Reg no conocía a ninguno de los testigos que se habían presentado voluntariamente para la acusación y únicamente estaba enterado de sus nombres y actuación en los hechos por lo que había leído en el sumario. Con sólo que repitiesen ante el jurado lo que ante el juez habían dicho durante la formación de la causa, Irina estaba más que condenada a la horca. Ese aspecto de los testigos le tenía sin cuidado, sobre todo después de ver que la defensa no presentaba ninguno.

El joven miró con indiferencia a Rufus Kartell quien en aquel momento había terminado de jurar.

—¿Profesión?

—Comerciante. Mi negocio de pieles es uno de los más importantes de Texas.

—Celebro saberlo. ¿Quiénes son los ganaderos que le proporcionan

esas pieles?

Kartell carraspeó.

—Yo... La verdad...

—¿Es indispensable que el testigo responda? —dijo el juez—. Me permito decir muy firmemente al fiscal que no veo la relación que esa pregunta puede tener con nuestro caso.

—Cada fiscal tiene sus métodos propios —sonrió Reg—, y los míos son tan buenos como los de cualquier otro. Considero importante la pregunta.

—Me retiraré sin contestarla —dijo muy firmemente Rufus Kartell—. Soy testigo de la acusación, y si la propia acusación me coacciona, no tengo ninguna obligación de apoyarla.

Iba a retirarse, pero Reg se lo impidió con la mirada. Hubo en sus ojos algo magnético, duro y transparente como el cristal, que hizo detenerse al hombre.

—Conteste.

—Pues bien, estoy en relación con los señores Key y Walcott, compradores de ganado —dijo el testigo con voz enérgica—. Ellos compran las reses fuera de Texas y me venden a mí sus pieles, que me encargo de curtir y que forman la base de mi negocio.

—¿Compran las reses fuera de Texas? —murmuró Reg—. ¡Vaya! ¡Esto sí que es sorprendente!

Hubo un cierto revuelo en la sala. De improviso, uno de los que estaban sentados cerca de Marcia Wells, un tipo joven, de facciones duras, muy elegante, se levantó para gritar:

—¡Yo soy Key, el tratante de ganado que vende sus pieles al señor Kartell! ¿Hay en mi negocio algo de ilegal? ¿Por qué tengo que escuchar estas frases de doble sentido, como si se sospechase que nos dedicamos a la venta de negros? ¡Exijo que se respeten mis derechos y la categoría que he llegado a alcanzar en la ciudad!

Miró con ira al juez y volvió a sentarse, no sin antes dirigir una mirada despreciativa a Reg. Éste la captó en toda su intensidad, pero no hizo ningún comentario. Dijo simplemente:

—Retiro mi pregunta. En efecto, no era importante para la buena marcha del proceso.

Más tranquilizado, pero con aspecto de dignidad ofendida, Rufus Kartell volvió a su lugar junto al estrado.

—¿Vio a la testigo cometer el crimen? —preguntó de repente Reg.

—No... Claro que no.

—¿La oyó discutir con la víctima?

—Eso sí, desde luego.

—¿De qué discutían?

—Ella le acusaba de ser un seductor de mujeres, un perverso. Y le decía que si no se comportaba honradamente podía llegar un día en que lo lamentase.

—¿Era, por consiguiente, una amenaza?

—A mi entender, una amenaza muy clara.

Reg volvió la cabeza hacia Irina Wells.

—Está usted oyendo al testigo. ¿Tiene algo que objetar a la declaración?

Irina, muy pálida, se puso en pie.

—Nada. Todo cuando dice es cierto.

Hubo un sordo rumor en la sala. Reg, con una leve seña, invitó a retirarse al testigo.

—Testigo Daniel Harper —pidió Reg.

El hombre que se destacó ahora era muy joven, pues no habría cumplido aún los veinticinco años. Pero se adivinaba en él al tipo pervertido, un poco achulado y cobarde, que vive de su figura y su crédito entre las mujeres. Iba vestido con ostentación, y los rizos de su brillante cabello le caían sobre la frente. Hizo fina reverencia al juez y luego miró al fiscal.

—¿Profesión? —preguntó éste, cuando el testigo hubo prestado juramento.

—Buscador de fortuna.

—¡Magnífico! ¿Es irrespetuoso preguntarle dónde busca usted la fortuna, señor Harper, para ver si tiene más suerte o más vista que el resto de nosotros?

La pregunta no sentó bien al joven. Carraspeó, mirando al juez.

—¿Es indispensable la pregunta? —quiso saber éste.

—Lo es.

—En tal caso contéstela el testigo.

—Pues bien, yo... —comenzó Daniel Harper— ...no puede decirse en realidad que busque fortuna en El Paso. Estoy aquí de paso eso es. Qué juego de palabras, ¿verdad? —rió tratando de serenarse—. Pienso llegar a California, si la suerte me acompaña, y buscar oro allí.

—Loable e instructiva idea. ¿Pero de qué vive usted entretanto, señor Harper?

—De mis asuntos...

—¿Qué asuntos, señor Harper?

—¡Todo esto no tiene ninguna relación con el proceso! —saltó el juez—. ¡El modo cómo el testigo obtiene sus medios de vida no importa para nada a los miembros del jurado! ¡Limítese el fiscal a las preguntas indispensables!

—Esta tal vez lo sea, pero la retiro —sonrió Reg—. Dígame, por favor, el testigo si presenció el crimen de que se acusa a *miss* Irina Wells.

—No, no lo presencié. Pero oí cómo la acusada insultaba gravemente al capitán Ciry! Roberts. Y cómo le amenazaba, golpeando con la mano derecha el revólver que siempre solía llevar encima.

—¡Ah! ¿Y qué decía la acusada al capitán Roberts, señor Harper?

—Lo mismo que ya ha dicho el señor Kartell.

—No me he enterado bien. Tenga la bondad de repetirlo.

—Pues... —el testigo tartamudeó, mirando con indecisión a todas partes— que era un seductor... y que podía arrepentirse... y que le mataría.

—¿Dijo claramente que le mataría?

—Sí —afirmó Harper, mirando a Rufus Kartell.

—¡Qué imprudencia por parte de la acusada! —sonrió Reg—. ¿Tiene algo que preguntar al testigo, *miss* Wells, por sí o por medio de su defensor?

Notó que la rubia lloraba, sin levantar la cabeza. El defensor dijo que no con un movimiento de su derecha.

Reg Spencer se levantó, y no creyeron que después de aquellas declaraciones iba a hablar ya a los miembros del jurado. De hecho tenía la causa en sus manos, y cuando más precipitase los acontecimientos mejor para él. Pero, al contrario Reg entreabrió los labios para decir aquella cosa increíble:

—Las declaraciones de los testigos no están claras. Solicito un aplazamiento durante veinticuatro horas de la vista.

CAPÍTULO VII

MANCHAS DE SANGRE

La mujer le miró. Había en su mirada algo que hacía daño, que atravesaba la piel, que llegaba hasta el fondo de los sentimientos. Quizá era desesperación, o miedo, o quién sabe si burla. Reg no se preocupó en averiguarlo, pero sí se dio cuenta de que no podía soportar la fuerza obsesionante de la mirada de Irina.

—¿Por qué ha solicitado un aplazamiento, señor Sherman? —murmuró ella—. ¿No creía tenerme bien segura ya después de la declaración de los dos primeros testigos?

Reg se pasó una mano por los ojos. Parecía cansado, pero no lo estaba. Sólo se sentía asombrado ante aquella situación diabólica, y precisamente para tratar de resolverla estaba allí. Dio la espalda a la mujer para no sentir la fuerza de su mirada.

—¿Es cierto lo que dijeron esos testigos, Irina?

La respuesta de la joven le llegó sin la menor vacilación.

—Sí.

—¿Amenazó usted a Círyl Roberts con la muerte?

—En efecto, le amenacé.

—Debía odiarle mucho, ¿no?

—Le odiaba con toda mi alma.

Reg se volvió de repente. Se volvió con una rapidez extraordinaria, brusca, de tal modo que sobresaltó a la mujer. Pero más se sobresaltó ésta cuando vio lo que había en el fondo de los ojos del hombre. Cuando vio la especie de llama que se encendía y se apagaba en sus pupilas.

—No obstante, hubo una época en que le amaste, ¿no? Hubo una época en que aceptaste sus besos en que cerraste tus brazos en torno a su cuello, en que aceptaste complacida sus palabras de amor, ¿no es cierto? ¡Responde!

La pregunta de Reg había sido brutal. Pero más brutal resultó aquella fijeza obsesionante de sus ojos Irma, sorprendida, no fue ni capaz de imaginar lo que el hombre podía estar pensando.

Pero Reg sí sabía lo que pensaba. Y lo que en aquel momento pasaba por su cráneo le horrorizó. Porque sólo el imaginar que Irina podía haber pertenecido a Roberts le hacía daño, porque sólo el pensar que sus labios habían tocado los de otro hombre le producía una crispación en la piel. ¿Pero qué le importaba a él, al fin? ¿No era aquella mujer una serpiente a la que debía aplastar? ¿No había sido la causa de la muerte de John? ¿No había un veneno en su maldita mirada, en sus malditos besos?

—Hubo una época en que amé a Círyl Roberts —susurró Iris con los ojos bajos.

—Me parece increíble viendo tu aspecto, que puedas tener ya una hija, Y que conozcas ya todos los lados agradables y desagradables de la vida. Pero, en fin, ése no es asunto que nos importa. No he venido para hablarte de eso. ¿Por qué tu abogado no hace una defensa más enérgica? ¿Por qué no presenta un solo testigo?

—Porque en El Paso no los hay. No tengo a nadie que pueda declarar a mi favor.

—¿Ni tus parientes?

—Ellos no fueron testigos de nada.

Hubo un corto silencio entre los dos. Y de repente Irina hizo aquella pregunta.

—¿Por qué le importa a usted todo esto, señor Sherman? ¿No se le presenta favorablemente la acusación? ¿No tiene aún suficientes poderes en su mano para enviarme a la horca?

Reg se mordió los labios otra vez.

—No importa lo que yo pueda hacer. Lo único que importa es que por encima de todo yo debo seguir el camino de la justicia.

Era cierto. Las palabras habían brotado del mismo corazón de Reginald Spencer. Por mucho que desease la muerte de la mujer, por mucho que ella mereciera la horca, él ansiaba seguir un camino de justicia. Y ni la actitud de los testigos ni la postura adoptada por el defensor le parecían muy justas.

—Antes de que mañana se reanude la vista tengo que averiguar unas cuantas cosas —dijo—. Espero que te perjudiquen lo bastante para librarme de mis escrúpulos. Buenas tardes, Irina.

Salió de la celda y luego de la cárcel. Era la hora del crepúsculo, y los campos que rodeaban la ciudad de El Paso parecían bañados por un torrente de fuego dorado. Bajo los porches comenzaban a

marcarse las primeras zonas de penumbra. Y los pistoleros tejanos de caminar indolente comenzaban a dirigirse hacia los *saloons* o se detenían en la calle para admirar a las mujeres. Cerca, en una callejuela, sonaron disparos. Una tropa de jinetes pasó al galope y arrolló a dos hombres. Otros dos se golpearon bárbaramente en la puerta de una barbería. Nadie hacía caso.

Aquella era una ciudad que estaba en la frontera de Texas y México y estaba al mismo tiempo en la frontera de la vida y la muerte.

Reg ya empezaba a conocerla un poco mejor. Como recordaba perfectamente la dirección del testigo Daniel Harper, fue en línea recta hacia su casa.

Ésta era una finca situada al extremo de la calle. Fácilmente se adivinaba que el que la ocupase debía estar en buena posición, pues la arquitectura era elegante. Pero estaba muy descuidada, dando ello a entender bien a las claras que el que la ocupaba no era su dueño, sino alguien que la tenía alquilada por breve tiempo, importándole muy poco el estado en que la dejase. Confirmaba esta idea un letrero cerca de la entrada que decía: «Se desocupa la semana próxima. Se admiten ofertas para alquilar».

Reg atravesó el jardín, tras encontrar la puerta abierta, y avanzó hacia la casa. A través de una de las ventanas de ésta se veía luz. El joven supuso que Daniel Harper estaba en aquella habitación y se acercó a la puerta para tirar del cordón de la campanilla. Pero antes de que llegase a hacerlo notó que esa segunda puerta, la que daba entrada a la casa, también estaba abierta. Suavemente, dominado por un impulso interior que no quería explicarse, la empujó y pasó al *hall* que se abría tras ella.

La casa constaba de una sola planta, pero las habitaciones eran numerosas y amplias. La suave luz del crepúsculo penetraba tristemente una de las piezas, y trató de orientarse para llegar hasta ella. No le fue difícil.

Era la única que tenía la puerta cerrada. Reg se acercó a ella, pegó el oído a la hoja de madera y, al no escuchar el menor ruido, entró de repente. Estuvo a punto de tropezar con alguien que estaba tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Reg saltó sobre el cuerpo, desenfundando los revólveres e hizo un movimiento de abanico que abarcó toda la pieza. Al darse cuenta de que en ella no había, al parecer, ser vivo alguno, descendió los ojos

hasta el suelo. Vio entonces claramente a Daniel Harper con un largo cuchillo clavado en la espalda.

No debía hacer mucho que se lo clavarón, porque aún brotaba sangre. Reg se inclinó para ver si el hombre necesitaba alguna ayuda, pero estaba más muerto que una momia. La punta del cuchillo debía haberle atravesado el corazón. Entonces aspiró el aire quieto de la casa, un aire cargado de misterio, de soledad. Y se sintió intranquilo.

Por desgracia entendía lo suficiente de cuchilladas y cosas parecidas para saber que aquel puñal no lo habían clavado ni cuatro minutos antes. Por lo tanto, era más que probable que el asesino estuviera todavía en la casa.

Volvió a aspirar aquel aire extraño, aquel silencio cargado de amenazas.

Y entonces una puerta situada a su espalda comenzó a abrirse poco a poco.

CAPÍTULO VIII

LA RUTA LLEVA AL INFIERNO

Reginald Spencer no llegó a oír nada, pero sintió a su espalda una debilísima corriente de aire. Aquel cambio, que todo hombre no hubiese advertido siquiera, fue para sus nervios como una descarga instantánea.

Se arrojó por completo al suelo, dando dos vueltas sobre las tablas que lo formaban; mientras las balas picoteaban la zona cubierta por la sangre de Daniel Harper. Reg vio los fogonazos en la puerta de su espalda, en una de sus rapidísimas vueltas, mientras la habitación se llenaba del silbido atroz y ululante de las balas.

Con una expresión de decisión fanática, Reg disparó también. Tenía ya los revólveres en las manos y eso le fue de una decisiva utilidad ahora. Porque el hombre que había aparecido en la puerta, disparando con un «Winchester» de cañón corto, se encontró con un huracán de plomo antes de haber tenido tiempo siquiera para fijar la dirección de sus tiros. Vio luces anaranjadas, rojas, violetas, delante de sus ojos, sintió que sus rodillas vacilaban y cayó sin darse cuenta de que aquello era el fin.

No estaba solo, sin embargo.

Tras él había otro hombre, éste empuñando dos «Colt» último modelo. Era él quien había dado muerte a Harper, porque la funda de su puñal estaba vacía. Tiró al azar, por el hueco de la puerta, cuando vio caer a su compañero, pero Reg había estado metido en demasiados líos para dejarse cazar de una manera tan tonta. Cerró la puerta de un puntapié y disparó desde un costado contra la hoja de madera, buscando al bulto a su enemigo. Cuando las balas comenzaron a atravesar la hoja de madera, el asesino comprendió que su posición era insostenible y, tras una doble andanada contra la puerta, echó a correr hacia la ventana que le había servido para introducirse allí. Un par de segundos después estaba en el jardín que rodeaba la casa.

Pero Reg le había visto un poco en el momento de saltar, abriendo

la puerta, aun sin tener tiempo para enderezar su revólver. El fugitivo llevaba un pantalón tejero azul y unas botas rojas de hermosa piel labrada. Unas botas así no debían ser corrientes ni siquiera en Texas, donde los

cow-boys

tenían a orgullo el cuidar de esos detalles. Reg, en lugar de salir por el mismo sitio, lo que hubiera sido enormemente peligroso, dio media vuelta y salió al exterior por la puerta principal de la casa.

Eso le salvó la vida, pues en efecto, su enemigo le esperaba agazapado junto a la ventana por si a él se le ocurría salir por allí. Al transcurrir un minuto y ver que Reg no daba señales de movimiento, corrió hacia la verja del jardín y la saltó limpiamente, perdiéndose entre unos porches destartados que llevaban a la calle principal.

Reg, una vez en el exterior, se hizo cargo de la situación inmediatamente y vio con claridad la única dirección en que podía haber huido su enemigo. Dio vuelta a la casa, sin olvidar una serie de precauciones, y salió a los porches por donde el fugitivo acababa de pasar.

Sobre El Paso caía ya la noche. En la ciudad comenzaban a encenderse las primeras luces de petróleo.

Enfundando sus revólveres, Reg avanzó lentamente:

De pronto vio aquel *saloon*.

Reg pensó que si él tratara de ocultarse de alguien habría entrado allí. Entre la multitud era difícil localizar a un determinado hombre. Y el de los pantalones tejeros y las botas encarnadas debía haber pensado lo mismo.

Se acercó poco a poco a la puerta. Oyó de un modo lejano el tintinear de sus propias espuelas, como si lo produjese otro hombre. La música suave del frufrú lo llenaba todo, pero no conseguía llenar su corazón. Porque la única música que ahora latía con éste era un himno fúnebre.

Empujó los batientes y vio el *saloon* lleno, con el escenario al fondo. Sobre éste se movían suave y lánguidamente unas bailarinas muy ligeras de ropa. Belle, la de «las piernas más bonitas de Texas», debía ser la del centro. Era, en efecto, una mujer de categoría. Los espectadores estaban quietos, silenciosos, pendientes de la música. De algunas bocas entreabiertas caían gotitas de saliva. Docenas de

ojos inmóviles estaban posados sobre las muchachas, con fijeza obsesionante.

Reg entró sin hacer ruido y se situó de espaldas a la barra y de cara al local, buscando con los ojos al tipo que llevaba aquellas botas de fina piel labrada. Había unos cincuenta hombres en el *saloon*, y pensó que no sería fácil hallarle, pero su intuición se vio recompensada.

El individuo de las botas labradas estaba en el fondo del local, tratando de llegar hasta una escalera que ascendía al piso superior. Notó que Reg lo había visto. E hizo sus movimientos más rápidos.

La música cesó en aquel momento y las bailarinas se retiraron por ambos lados del escenario. Lo normal hubiera sido aplaudir, gritar, lanzar vítores. Pero nadie se movió. Reginald Spencer vio con asombro que todos los hombres del *saloon* estaban ya pendientes de su llegada.

El silencio era tan espantoso que causaba corito una especie de asfixia. El humo de los innúmeros cigarros que se fumaban en la sala parecía haberse solidificado en el aire. Reg rozó la culata de su revólver derecho y gritó:

—¿Quiere usted que le entierren con las botas, amigo, o prefiere entregarlas a la beneficencia pública?

El fugitivo, que estaba llegando ya a la escalera, se detuvo de repente, aunque sin volverse por completo. Reg supo exactamente lo que sucedería cuando aquel tipo se volviese. Lo haría llevando ya los dos revólveres en las manos.

Pero no era aquél el único enemigo con el que podía contar. Una voz quebró repentinamente el silencio que imperaba en el *saloon*.

—Nuestro buen amigo, el señor fiscal, tiene bromas bastante curiosas. ¿Es que por casualidad le han nombrado también *sheriff* de El Paso?

Con el rabillo del ojo, Reg miró al hombre que le había hablado. Lo conocía por haberlo visto en el acto del juicio, ya que no era sino Key, el hombre a quien Rufus Kartell aseguró comprar las pieles, base de su negocio. Iba acompañado de Walcott, quien por lo visto era algo así como su inseparable. Los dos vestían endiabladamente bien, y daba la impresión de que sus fortunas eran de lo más saneado de Texas.

—Key y Walcott, si no me equivoco —sonrió Reg mirándolos sólo a

medias—. Dos excelentes caballeros que venden pieles al señor Rufus Kartell. Piel de animales que compran fuera de Texas. ¿Qué les ocurre ahora, *milores*? ¿Quieren hacerme alguna proposición comercial?

Los dos hombres avanzaron un paso, tapando parcialmente al de las botas color rojo. Pero quedaba espacio suficiente para que Reg repartiese plomo, y por eso no se inmutó.

—Quisiéramos saber qué trae por aquí al señor fiscal —dijo Key—. ¿Tal vez el simple deseo de ver a las chicas? Belle, por cierto, es una maravilla.

—Más maravilla es la mujer a la que piensa condenar —dijo sordamente la voz de un hombre que estaba sentado a una mesa—. A un tipo como éste ya no le impresiona nada. Que el diablo se lo lleve a él y a sus malditas leyes.

El de las botas rojas empezó a subir el primer peldaño. Key y Walcott trataban de ganar tiempo. Reg, acariciando otra vez la culata de su revólver derecho, sonrió:

—Bueno, veo que nuestro amigo quiere morir sobre un pedestal. ¡Entréguese o le vacío un cilindro entero en la cabeza!

Todos los rostros se volvieron hacia el que estaba va en el segundo peldaño de la escalera. Éste se volvió poco a poco, con las manos a la altura de las culatas.

—¿De qué acusa usted a Sanders? —quiso saber Key—. Es amigo nuestro y no vamos a consentir que se le insulte en nuestra presencia.

Reg volvió a sonreír, ahora de una forma helada.

—Lo acuso de asesinato.

—¿Asesinato? —preguntó Walcott, incrédulo—. ¿Y a quién ha podido matar nuestro pobrecito amigo Sanders? ¿A qué mosquito, a qué conejo o a qué ratón ha dado muerte?

—Ha dado muerte a una rata —susurró Reg—. A Daniel Harper. Y no pienso perder más tiempo en explicaciones estúpidas. Que ese hombre se entregue para responder de sus actos ante el juez o yo ahorraré trabajo al jurado barrenándole la cabeza.

—Está bien. ¡Respóndele, Sanders!

El llamado Sanders se terminó de volver con la rapidez de un rayo. Extrajo sus revólveres con un solo y seco movimiento y disparó. Sabía ya exactamente dónde estaba Reg, porque lo había vigilado

hasta entonces con el rabillo del ojo. Y estaba seguro de que sus balas darían en el blanco.

Pero Reg no era el hombre de estudio que todos suponían, apegado a sus libros y carente de toda habilidad con el revólver. Reg, pese a su carrera y su extraordinaria preparación intelectual, era también un pistolero desde el mismo día en que nació. La guerra, además, le había convertido en una especie de diablo. Y cuando extrajo su revólver derecho con aquella velocidad centelleante, todos comprendieron que estaban frente a un verdadero profesional del gatillo. Una sola bala saltó de la recámara, y ésta fue suficiente para atravesar de lado la cabeza de Sanders. El tiro fue mucho más perfecto de lo que Reg mismo hubiese querido, puesto que le interesaba capturar a aquel hombre con vida. Pero desde el momento en que vio que le iba a ganar la acción, obró ya sólo su instinto. Y su instinto no fallaba nunca.

Sanders cayó pesadamente al suelo, desde el segundo peldaño. Key y Walcott fueron a sacar sus revólveres a la vez, pero Reg destrozó el de Key en la misma mano de éste, sin herirle. Y Walcott, al comprender que no podía enfrentarse a aquel demonio, soltó también su arma como si le quemase en los dedos. Un silencio espantoso se hizo entonces en el local. Silencio que fue roto por el «clic» de un martillo de revólver al alzarse y que obligó a Reg a lanzarse al suelo con una rapidez felina. El hombre que había intentado atravesarle, medio parapetado en Key, lanzó un aullido gutural y cayó hacia adelante con el corazón mordido por una bala. Quedó quieto sobre las tablas, mientras una palidez instantánea se apoderaba de los rostros de los hombres que estaban a su alrededor. Key fue el primero en recobrar el habla.

—Se equivocó usted al elegir esta profesión, señor Sherman —dijo—. Le sentaría mucho mejor la de verdugo.

Reg no contestó. Se puso en pie poco a poco, sin dejar de vigilar en derredor suyo. Luego se acercó al segundo caído por si necesitaba alguna ayuda, pero éste estaba bien muerto.

—Puede que, en efecto, tenga vocación de verdugo —musitó—, pero esa vocación sólo se me despierta cuando veo a alguien con un revólver en la mano. ¿No está aquí el *sheriff* de El Paso?

Un rumor se hizo al fondo del local, cerca de la puerta, un hombre de unos cuarenta años, con la estrella en el pecho, se acercó poco a

poco. Si estaba ya en el *saloon* y no se había atrevido a intervenir, o bien si unos minutos antes se hallaba en el exterior, eso era algo que nunca sabría. Lo cierto es que miró ambos cadáveres y preguntó:

—¿Por qué ha matado usted a estos hombres, señor Sherman? ¿Acaso ignora que lo prohíben las leyes de higiene de la población, porque si esos cuerpos están mucho tiempo abandonados, ahí pueden producirse infecciones?

Su humorismo era macabro. Reg quiso no darle importancia.

—Los dos me atacaron primero, como numerosos testigos pueden afirmar. Además, ese de la escalera, el llamado Sanders, acababa de asesinar a un hombre llamado Daniel Harper.

—¿Daniel Harper? ¡No es posible!

—¿Por qué no es posible?

—Eran amigos. Siempre se les veía juntos.

Reg lanzó una rápida mirada a Key y a Walcott. Luego volvió a dedicar su atención al *sheriff*.

—Habrà que creer que su amistad no era muy sólida, entonces. De un modo u otro puede ver el cadáver en la casa que Daniel Harper ocupaba, no lejos de aquí.

—¿Es eso cierto?

—No tiene usted por qué dudar de mi palabra, *sheriff*.

El de la estrella hizo entonces una seña a un tipo que venía tras él, evidentemente un subordinado suyo, y los dos salieron rápidamente del *saloon*. Reg, que no había enfundado todavía su revólver, lo hizo ahora.

—Por lo que veo conocían ustedes bien a Sanders —dijo, mirando fijamente a Key y a Walcott.

—Era amigo nuestro, ya se lo hemos dicho —murmuró Key—. Pero eso no significa que hubiéramos de conocer todos sus secretos. Y si usted supone que nos sacará una palabra acerca del asesinato de ese tal Daniel Harper, más vale que empiece a buscar en otro sitio. Pierde usted el tiempo, Sherman. Y permítame que le diga que tiene usted tipo de cualquier cosa menos de fiscal. No he visto moverse así ni a los peores pistoleros de Texas.

La mirada inquieta de Reg le traicionó durante unos segundos, pues miró a su alrededor pensando que alguien podría reconocerle, pero ni Key ni Walcott se dieron cuenta de nada.

—Además, no sabemos qué es lo que se propone usted, señor Sherman. Está usted transformando en algo diabólico ese asunto tan sencillo de Irina Wells. Permítame decirle que sus atribuciones no van tan lejos como usted imagina.

—Mis atribuciones van tan lejos como lejos está la verdad —murmuró Reg—. Además, no sé por qué me hablan del asunto de Irina Wells si puede que esto no tenga ninguna relación con él—. Pero Reg ya había notado por dónde iban los pensamientos de los dos hombres—. Limítense a no meterse en mis asuntos y saldrán ganando su salud. Buenas noches, señores.

Dio media vuelta y salió del local. Su cuerpo pareció cortar como un cuchillo el aire silencioso. Todos quedaron inmóviles y con la sensación de que habían visto visiones, pues aquel fiscal Sherman, tan joven, ágil y buen tirador, era lo más opuesto a la idea que del mismo se habían formado a través de su leyenda.

Reg empujó los batientes y se encontró en el porche. Pero allí tuvo la sorpresa de ver que un carruaje le aguardaba detenido frente a la misma puerta.

—¡Chist! —dijo la mujer que estaba ante las riendas—. Suba.

Reg aceptó la invitación y tomó asiento frente a Marcia Wells, la hermanastra de Irina.

CAPÍTULO IX

UNA MUJER ENIGMÁTICA

El carruaje era descubierto, de dos plazas, y un solo caballo pura sangre tiraba de él. Marcia se retiró un poco para que Reg se sentase ante las riendas.

—Lo he visto todo —susurró la mujer, con voz velada—. Ha sido admirable, señor Sherman, pero a la vez ha sido horrible.

El excitó suavemente al caballo para que echase a andar. Cuando el animal hubo emprendido el trote se volvió hacia Marcia.

—¿Desde dónde ha visto usted esa cosa admirable y a la vez horrible?

—Desde una de las ventanas exteriores. Pasaba frente al *saloon*, durante mi acostumbrado paseo nocturno, cuando me extrañó tanto silencio y me detuve para ver que ocurría. Fue entonces, al llegar yo junto a una ventana, cuando empezaron los disparos.

—Lamento que haya sido usted testigo de una cosa tan poco civilizada. Es cuanto puedo decirle. Y ciertamente, me extraña que después de todo esto me haya admitido en su coche.

Ella le miraba intensamente, con el rostro completamente vuelto hacia él. En la figura de esa mirada suya había algo de obsesionante, de perverso, de absorbente. Era como si de algún extraño modo quisiera hacer suyo a Reg, como si quisiera penetrar hasta el fondo de sus secretos. Y el hombre adivinó que en el amor, el odio o la perversidad Marcia debía ser una mujer enloquecedora.

—No me das miedo —susurró ella—. Un hombre como tú no puede dar miedo a una mujer como yo, que a cada latido de su corazón siente un chorro de sangre caliente en las venas.

La frase estaba allí, tintineando en el aire quieto de la noche, rebrillando como una luz en las tinieblas del camino. Y Reg también se estremeció, porque al estar junto a Marcia sentía igualmente, con cada latido de su corazón un chorro de sangre caliente en las venas. Bastaba que la mujer estuviese allí para dar la sensación de que la noche se había embrujado de repente. Igual que una mano cálida,

pegadiza y acariciante, la mirada de Marcia estaba en el rostro de Reg. Y éste desvió la cabeza.

—¿Conocías bien a esos hombres, Marcia? —preguntó de improviso.

—Si te refieres a Sanders, no lo conocía apenas. Era un indeseable. A Key y a Walcott, en cambio, los conozco bien porque llevan mucho tiempo residiendo en El Paso. Durante la guerra ya se establecieron aquí y forman parte de la buena sociedad de la población.

—¿A qué se dedican?

—Ya lo oíste durante la primera sesión del juicio. Son tratantes de ganado en gran escala.

—Ya. Pero ¿no tienen reses propias, ni apartaderos ni algún terreno de pastos? En unos comerciantes ricos como ellos, eso significa una imperdonable falta de organización.

—No puedo contestarte a eso. En realidad, entiendo muy poco de negocios.

—Y a Daniel Harper, ¿lo conocías?

—Sí, pero era un individuo sin profesión y sin moral que vivía de lo que le salía al paso. Naturalmente no lo contaba entre mis amistades, ni mucho menos. Y por Dios, Bud, deja ya de preguntar porque esto tiene todo el aspecto de un interrogatorio.

En estos momentos, el caballo había emprendido ya un galope muy rápido a través de la llanura desierta. Reg intentó moderarlo, pero el animal no obedecía.

—No comprendo cómo sale usted a pasear con un caballo tan nervioso —dijo, mirando a Marcia—. Podría darle un disgusto.

—Es que me gustan las emociones Déjelo que corra.

Reg lo dejó. Permanecieron en silencio mientras el animal se desfogaba. Luego, cansado de la carrera, el animal fue moderando su paso. Finalmente se detuvo, resollando, entre dos laderas completamente cubiertas de pinos.

El aire fresco de la noche los hacía susurrar, abanicando sus copas suavemente. La luna, que empezaba a elevarse, apareció entre las hojas y proyectó sobre ellas una luz espectral y blanca. Ésa misma luz fue hacia el rostro de Marcia, que emergió lentamente de entre las tinieblas como si acabase de nacer de ellas. Primero la luna iluminó la mitad de su rostro y la mitad, de sus labios rojos y

entreabiertos. Luego iluminó por completo sus facciones y aquellos ojos que miraban con una fijeza obsesionante. Los labios rojos se aproximaron a Reg.

—Tengo una sensación muy extraña, Bud. Es como si acabase de nacer ahora y me encontrase ante ti limpia de todo pecado, limpia de todas las manchas que han podido haber en mi vida. Creo que jamás he visto a un hombre como tú ni he vivido una situación como ésta.

La situación no tenía nada de especial, puesto que sólo habían ocurrido tres cosas muy simples. El caballo se había detenido, estaban solos y acababa de salir la luna. Pero estos tres hechos tan simples habían sido suficientes para provocar una tensión que por lo violenta era casi salvaje. Reg percibía en su rostro el aliento cálido como la brisa del verano y perfumado como los campos durante la noche. Veía su pecho subir y bajar al compás de cada respiración. Los ojos de Marcia eran negros, muy negros, y sus labios eran rojos, muy rojos. Esos labios se aproximaron un poco más, un poco más...

Fue Marcia la que le besó porque Reg no quería besar después de oírse llamar Bud, el nombre del muerto. Durante ese beso, Reg sintió más que nunca, a cada latido del corazón, el golpe sordo de su sangre.

La mujer se separó y sus ojos brillantes escrutaron el rostro del joven.

—¿No habías besado nunca, Bud?

—Hacía muchos años que no besaba a una mujer.

Marcia se estremeció.

—No sabes lo que eso significa para mí. No sabes lo que he deseado siempre un hombre que no conociera el amor.

Había en la mujer algo palpitante, cálido. Reg entrecerró los ojos y entonces pensó en Irina, la mujer que aguardaba la muerte en su celda.

—Volvamos. No tenemos nada que hacer aquí.

Excitó nuevamente al caballo y éste reemprendió el trote. Marcia, con la cabeza tercamente vuelta hacia un lado, rehusaba mirar al hombre.

De improviso, se volvió y dijo:

—Reconozco que el otro día traté de comprarte. Pero eres un

hombre entero, Bud. Cumple con tu deber.

Reg siguió atento a las riendas, en silencio, sin contestar nada.

CAPÍTULO X

LA SEGUNDA SESIÓN

En la sala del juzgado había aún más gente que la primera vez, si eso era posible. Las personas estaban materialmente amontonadas unas sobre otras. Y había un ambiente de solemne expectación, una expectación casi trágica cuando el juez se levantó y dijo:

—Queda abierta la sesión. Se reanuda el interrogatorio de los testigos.

Todos los que estaban en pie en la sala se sentaron con él. Reg dirigió a su alrededor una mirada circular.

Marcia, más elegante y atractiva que nunca, estaba sentada en primera fila muy cerca de Key y Walcott. Éstos vestían también ostentosamente, pero llevaban los revólveres bien visibles y listos para el empleo. El *sheriff*, situado a un costado de la sala, había reunido allí a toda su tropa.

Los ojos de Reg fueron entonces al abogado defensor, y luego a Irina. La mujer que tenía a su cargo la defensa parecía absorta en la lectura de unos papeles que tenía sobre su pupitre, y ni siquiera le miró. Irina, en cambio, tenía la cabeza vuelta hacia él y le estaba contemplando.

La muchacha llevaba su mismo vestido rojo estropeado por varios sitios. Se veía palpar su piel joven y limpia entre los rotos de la tela. Los cabellos rubios le caían sobre los hombros, un poco desordenadamente, pero Irina no podía mover las manos para ordenárselos. La habían esposado.

Reg tuvo que cerrar los ojos. Pero fue solo un instante, porque en ese momento notó que el juez le estaba mirando también.

—No es propiamente asunto de mi incumbencia hacer preguntas al señor fiscal —dijo—, pero para mejor conocer la marcha de la causa, me agradecería saber por qué pidió ayer un aplazamiento y qué investigaciones ha realizado durante esas veinticuatro horas.

—Nuestro amigo el señor Sherman —dijo Key de repente, poniéndose en pie— se ha mostrado extraordinariamente activo

durante ese tiempo. Él, que está encargado de acusar a los que matan, mató a un ciudadano llamado Sanders y a otro hombre que trató de defenderle.

Casi todos los que estaban en la sala conocían ya aquello, pero aun así se elevó un sordo murmullo. Irina, que ignoraba por completo aquellos hechos, contempló a Reg con sus hermosos ojos, que el asombro hacía más puros y grandes.

—Todo esto no es verdad —dijo el *sheriff*, poniéndose en pie también—. He recogido informes y puedo asegurar que los dos hombres que ahora están muertos atacaron primero.

Key adelantó su poderoso mentón, mirando desafiante al de la estrella.

—¡Se está usted complicando la vida, *sheriff*! ¡Puede que el cargo empiece a venirle ancho y no dure usted en él una maldita semana!

—¡Vaya usted con cuidado, Key!

—¿Que vaya con cuidado? ¿Se atreve usted a amenazarme, *sheriff*?

El tumulto y la agitación crecían en la sala, ante la pasividad del juez, quien por lo visto no se atrevía a intervenir en aquel altercado. Reg Spencer contemplaba alternativamente a Key y al *sheriff* sin perder una sola de sus expresiones o sus palabras. La convicción de que entre aquellos dos seres existía algo llegó de repente, y con una singular firmeza, al fondo de su cráneo.

—¡Me atrevo a amenazarle, Key, porque tengo sobrados motivos para ello!

Los dos hombres, en el calor de la discusión, se habían ido insensiblemente acercando. El juez se dio cuenta de que aquello se ponía mal y empezó a golpear con el martillo la mesa.

—¡Calma! ¡Calma! ¡Todas estas cuestiones nada tienen que ver con el juicio! ¡Estamos aquí reunidos para condenar o absolver a Irina Wells, y ninguna otra cosa importa! Concedo la palabra al señor fiscal y exijo a los demás que guarden silencio so pena de hacerles expulsar de la sala.

La disputa entre Key y el *sheriff* cesó, y el murmullo de los comentarios fue decreciendo. Poco a poco fue restableciéndose el orden, y entonces Reg se dispuso a hablar.

—Solicité un aplazamiento a su señoría por parecerme muy poco clara la actitud del testigo Daniel Harper. Yo no sé qué impresión causaría a los miembros del jurado, pero la que a mí me produjo fue

la de estar recitando una lección mal aprendida. Y quise hablar con él privadamente antes de que siguiera adelante el juicio.

—Daniel Harper era un testigo presentado por la misma acusación —dijo el juez—. ¿Puede explicarme el señor fiscal por qué no le parecen satisfactorias las declaraciones de sus propios testigos? ¿Qué es lo que en realidad persigue en este proceso?

—Persigo la verdad. Esa cosa tan sencilla y al mismo tiempo tan peligrosa que es la verdad.

—Loable actitud la suya, aunque me permito indicar, como cosa al margen, que no está muy de acuerdo con su fama. ¿Y puede saberse qué le dijo ese tal Daniel Harper durante la conversación privada?

—Daniel Harper fue asesinado —declaró Reg, con un hilo de voz.

Sordos murmullos se extendieron por la sala. El juez, que había palidecido un poco, se inclinó hacia adelante dominado por el interés.

—No tenía aún ninguna noticia de ese crimen. ¿Y sabe usted quién fue su autor?

—Desde luego. Sanders, el hombre a quien yo maté.

Las palabras del fiscal habían producido en la sala una excitación indescriptible. Pero esa excitación no se plasmaba en comentarios ni en gritos, sino, al contrario, en un silencio tan tenso que era casi angustioso. Todos estaban pendientes de las palabras que se iban cruzando entre el juez y el fiscal, y por encima de todos Irina, cuya respiración movía de una forma entrecortada su vestido rojo.

—¿Es eso cierto, *sheriff*? —preguntó el juez, volviéndose hacia el de la estrella.

—Es cierto, señoría, o al menos existen motivos muy serios para suponerlo. Sanders tenía algunas pequeñas manchas de sangre que no fueron causadas por su herida, y en la funda de su costado no estaba su puñal. Lo encontramos clavado en la espalda de Daniel Harper.

—¿Cómo saben que era el suyo?

—Sanders se consideraba un maestro en el manejo del arma blanca, y en El Paso había muchas personas que conocían su cuchillo. Algunas de ellas por experiencia.

—Este asunto nada tiene que ver con lo que nos ocupa —dijo el abogado defensor, en voz alta—. Si ese hombre llamado Sanders cometió algún hecho delictivo, ya lo ha pagado con la vida. Ruego a

su señoría que nos ciñamos exclusivamente a la materia de este proceso.

El juez se volvió hacia Reg por si éste quería oponer algo. Reg se encogió de hombros.

—¡Testigo Jonathan Price! —llamó el secretario, después de unos instantes de silencio.

Jonathan Price resultó ser un tipo de unos cincuenta años, alto, desgarrado y canoso. Llevaba dos magníficos revólveres en las fundas, y tras el juramento de rigor, dijo sin que se lo preguntasen que su profesión era armero:

—¿Examinó usted la bala que causó la muerte al capitán Círyl Roberts? —comenzó preguntando Reg.

—Sí.

—¿A qué clase de arma pertenecía?

—A un «Colt» de calibre 45 tipo militar. Hay muchos por esta tierra.

—¿Contribuyó usted a la detención de la acusada?

—Sí, puesto que en seguida sospechamos de ella.

—¿Qué revólver tenía en el momento de ser capturada?

—Un «Colt» de calibre 45 tipo militar.

Las respuestas habían sido tajantes. Todos los que estaban en la sala se miraron con la expresión del que ya ve la cosa completamente lista.

—Por consiguiente, ¿pudo ser ése el revólver que causó la muerte del capitán Círyl Roberts?

—¡Qué duda cabe!

—Pero ¿lo afirma usted?

El testigo se encogió de hombros.

—Yo no sé qué clase de fiscal es usted, amigo. Lo lógico era que después de mi última respuesta me hiciera retirar, ya que tenía a la acusada en la ratonera. Pero, en fin, le contestaré. No puedo afirmar con certeza que la bala hubiese salido de ese revólver porque ya he dicho que hay muchos en esta tierra.

Reg miró rápidamente a Irina. Ésta estaba pendiente del testigo, con todos los nervios en tensión. De repente volvió el rostro hacia él. Sus ojos se encontraron, pareció brotar una llamarada de ellos y los dos, con una brusca sacudida, volvieron la mirada hacia otro sitio.

—No deseo preguntar nada más al testigo —dijo Reg.

La abogado defensor hizo una seña, indicando que tampoco deseaba

hacer ninguna clase de preguntas, cosa que extrañó sobremanera a Reg. Y entonces fue llamado el segundo testigo de aquella mañana. Éste era de peso.

—M. William Key —llamó el secretario.

Key se levantó poco a poco, haciendo lo posible para destacar entre la gente que abarrotaba la sala, y se acercó al estrado. Desde allí contempló a Reg con una mirada desafiante.

Cuando hubo jurado, Reg le preguntó:

—¿Profesión?

—Esa pregunta es ociosa. Todo el mundo me conoce en El Paso.

—Yo no le conozco, señor Key. He llegado hace muy poco tiempo. ¿Quiere contestarme?

—Soy tratante en ganado, al igual que mi amigo el señor Walcott.

—¡Qué profesión tan interesante la suya! Siempre he sentido curiosidad por esa clase de comercio, que constituye una de las fuentes de riqueza más apreciables de Texas. Y me perdonará si la curiosidad me obliga a hacerle una pregunta: ¿Qué provecho obtienen ustedes comprando el ganado fuera de esta tierra?

Key se puso nervioso. Apretó los puños y miró con odio a Reg.

—El precio por cabeza resulta más ventajoso.

—¿Más ventajoso? Qué agradable sorpresa... ¿Y dónde compran ustedes? ¿En Luisiana, en Oklahoma, en Nuevo México?

—En Nuevo México.

Reg le dirigió una sonrisa afable.

—Es usted un hombre muy original, señor Key, y muy listo. Ha logrado encontrar en las tierras yermas de Nuevo México ganado más barato que en los pastizales de Texas. La gran patria americana necesita sin duda de hombres valiosos como usted.

Al parecer, no había ironía en la voz de Reg, pero Key explotó. Se lanzó como una fiera sobre el estrado del fiscal y sujetó a éste por las solapas de la levita. Un gancho cruzado al mentón propinado por los puños diabólicos de Reg, lo envió hecho un guiñapo contra la mesa del juez. En la sala hubo verdaderos alaridos cuando Key, un hombre joven y fuerte como un toro, se limpió con el puño la sangre que manaba de sus labios, mientras sus ojos le bailaban en las órbitas.

—¡Calma! —gritó el juez—. ¡Calma y moderación o tendré que desalojar la sala!

—Ese hombre ha atentado contra mí en pleno juicio —masculló Key—. Pido que se le castigue como merece.

—Mejor será que dejemos muerto ese asunto —dijo el juez, mordiéndose los labios—. No haríamos más que complicar las cosas. Reg le dirigió una rápida mirada, y fue entonces cuando comprendió que algo muy grande ocurría allí. El proceso no sólo afectaba a Irina Wells, una pobre muchacha rubia, sino a toda la ciudad. Detrás de aquello había un misterio que afectaba a la población entera de El Paso. Era evidente que el juez debió castigar a Key de una forma enérgica por haber iniciado él aquella desmesurada falta de respeto, y cuando no se atrevía a hacerlo debía ser por algo muy importante. Cerró un momento los ojos, ordenando sus pensamientos.

—Puede seguir interrogando al testigo —dijo el juez.

Key volvió al estrado y se irguió desafiante, con los puños apretados, mirando a Reg.

—Dígame lo que sepa acerca del crimen que nos ocupa —ordenó éste, con una extraña indiferencia.

Y Key, tras humedecerse los labios con la lengua, declaró:

—Yo vi cómo la acusada mataba al capitán Ciry Roberts.

* * *

En la sala se había hecho un silencio agobiante. Reg miró a Irina, que tenía la cabeza hundida sobre el pecho. Luego se volvió a Key para preguntar:

—¿Cuándo vio usted eso?

—En el momento de cometerse el crimen, naturalmente.

—¿Desde dónde?

—Desde una colina que está sobre el camino donde fue hallado muerto el capitán Roberts. Estaba allí paseando. Y puedo presentar testigos que acreditan que cada día voy a pasear hasta allí, de modo que mi presencia en el lugar no era nada sospechosa.

—Nadie ha afirmado que lo sea, señor Key. Usted se lo dice todo. ¿Y qué vio, si puede usted explicarlo?

—Vi a la acusada agazapada a un lado del camino. El capitán Roberts estaba caminando tranquilamente por él. Paseaba también,

sin duda, pues era la agradable hora del crepúsculo. De improvviso, esa mujer salió a su espalda y disparó una sola vez, sobre seguro.

Las afirmaciones eran tajantes y definitivas. Si algún resquicio quedaba antes por donde pudiera escapar Irina, Key lo había cerrado completamente. A partir de ese momento ya no quedaba abierto para la acusada sino el camino de la horca. Reg también lo comprendió así, pensó en su hermano John y apretó los labios, diciéndose que al fin y al cabo aquella mujer lo tenía todo bien merecido. Lástima que fuese tan diabólicamente hermosa.

Pero al lado de esto, al lado de la suerte irremediable que aguardaba a Irina, estaba la sensación de misterio que Reg había captado ya desde el principio, y en que estaban envueltas las personas más importantes de la ciudad. Desde el primer momento, el proceso olía a podredumbre. Y eso fue lo que a Reg le movió a preguntar:

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que usted vio a la acusada hasta el momento en que cayó muerto el capitán Roberts?

—No sé. Tal vez unos dos minutos.

—¿Y en dos minutos no pudo usted hacer un solo disparo de aviso, señor Key, si la distancia no le permitía lanzar gritos de alarma?

—Roberts era enemigo mío —dijo Key, con expresión reconcentrada—. No hubiese hecho nada para matarle, pero también es cierto que no habría movido un dedo para salvarle la vida. Al ver lo que iba a ocurrir dejé sencillamente que la acusada acabara con él.

—Perfectamente. ¿Y sabe usted, señor Key, que eso es delito en este Estado?

—Un delito tan leve que no vacilo en declararlo. Se me pueden imponer unos meses de cárcel o una multa. Pero me permito recordar al juez y al fiscal que si a mí se me impone alguna clase de pena tiene que ser después de haber aceptado como cierto el hecho que yo declaro. Y en esas circunstancias pediría al jurado tuviera en cuenta que el hecho pasa a ser firme; es decir, se considera probado. El juez miró a Reg Spencer. Lo que Key acababa de decir significaba la horca para Irina.

—Aunque esto deberá ser motivo de otro proceso, conviene aquí sentar el hecho como firme. ¿Solicita el señor fiscal que se abra causa separada contra el testigo William Key, y acepta como hecho probado lo que él mismo acaba de confesar?

Se produjo un instantáneo y espeso silencio en la sala. Diríase que el público ni siquiera respiraba. Reg tenía que decir que sí por muchos motivos, y en cuanto moviese la cabeza afirmativamente ya habría bastante para que el jurado se retirase a deliberar. En estas circunstancias, el veredicto solo podía ser uno.

Reg movió la cabeza un poco, en medio de una tensión tan fuerte que se había hecho ya insoportable.

—No —dijo con voz clara.

En la sala se escucharon verdaderos aullidos. Era tan sorprendente aquello que los gritos salieron solos de las gargantas de hombres y mujeres, mientras docenas de ojos desorbitados miraban hacia el fiscal. Irina, que casi se había levantado de su asiento, se dejó caer sobre él pesadamente y se puso a llorar.

—El señor fiscal es muy libre de tomar la decisión que crea más ajustada a las leyes —dijo el juez—, pero permitirá que de un modo personal manifieste mi extrañeza por su actitud durante el proceso. ¿Será una grave indiscreción preguntarle qué persigue con su actitud en este asunto?

—Persigo la verdad —murmuró Reg—. Ésa es en general la obligación de todos.

—No lo dudo, señor Sherman —murmuró el juez—. Pero usted no ignora que esa verdad debemos buscarla por distintos caminos todos los que estamos reunidos aquí, a fin de ofrecerla al jurado. Usted debe tratar de probar la culpabilidad de la acusada y es a su defensor a quien corresponde hacer lo contrario.

—Hasta ahora ese defensor no ha actuado, señoría. Y yo me pregunto por qué.

Se produjo un revuelo en la sala. La mujer encargada de defender a Irina se puso en pie violentamente.

—¡Éste no es asunto suyo, Sherman, ni le importa nada a usted!

—¡Me importa más de lo que supone! —respondió acremente Reg—. Y si usted no ha notado que este asunto huele a podrido desde el principio, debe empezar a notarlo ya, estimada y bellísima amiga. Debe haber adivinado que no sólo se trata de enviar a la horca a una mujer, sino de encubrir algo mucho más importante. ¡Exijo que me diga quiénes son los que le han pagado a usted por limitarse a no hacer nada en esta defensa!

Se habían visto ya muchas cosas en aquel proceso, pero la clara

acusación del fiscal colmó la medida. La mujer se puso lívida y miró a Reg con los labios apretados. El juez empezó a golpear con su martillo la mesa, tratando de dominar el tumulto que se había formado en la sala.

—¡Basta! —gritó, una vez lo hubo conseguido en parte—. ¡En vista del cariz que está tomando el proceso, rechazo como improcedentes todas las demás pruebas que aún se han de realizar! ¡Pido al jurado que se retire a deliberar, si cree tener ya suficientes elementos de juicio!

—Los tenemos —dijo el presidente, poniéndose en pie.

Y contempló a Irina de una forma hostil que nada bueno presagiaba para ella. La mujer encargada de la defensa miró al juez.

—Después de esta sesión tumultuosa, el jurado no puede actuar con la debida imparcialidad. Solicito un nuevo aplazamiento de veinticuatro horas, y en caso de que su señoría siga creyéndolo conveniente, podrá entonces el jurado retirarse a deliberar.

—Apoyo la petición de la defensa —dijo rápidamente Reg.

—¡Pero esto es absurdo! —exclamó Key—. ¿Puede saberse el porqué de este nuevo aplazamiento? ¿No puede retirarse el jurado a deliberar, si cree tener ya suficientes elementos de juicio?

—Todo esto no le incumbe a usted, señor Key —dijo enérgicamente el juez—. Y si accedí a un aplazamiento solicitado por la acusación, debo acceder ahora al que solicita la defensa, Pero advierto a las partes que en vista de su actitud no admitiré ninguna prueba más, y que el primer acto de la próxima sesión consistirá en autorizar al jurado para que se retire, si el defensor o el fiscal no desean hacer uso de su derecho a la palabra.

Reg, sin esperar más se puso en pie y se preparó para salir. Lo que estaba ocurriendo allí le había dejado tan perplejo que necesitaba desesperadamente reflexionar. Al bajar del estrado se cruzó con la abogada defensor de Irina.

—Por fin has hecho algo —le dijo—. Has salvado la vida a esta mujer al solicitar un aplazamiento de la vista.

—Deseo hablar contigo —dijo rápidamente la mujer, en voz baja—. Ven a verme esta noche, a las nueve en punto, a mi hotel. Me hospedo en el *Black Prince*.

—No faltaré..., mi estimada y bellísima amiga.

Aquello había constituido una sorpresa para Reg. Una más que

añadir a las muchas que se le venían acumulando. Pero después de esto aún le faltaba algo peor que una sorpresa: un susto. Se lo produjo un hombre de doble apariencia, muy bien vestido, a quien Reg había visto sentado cerca de los estrados durante las dos sesiones del proceso. Posiblemente no se hubiera fijado en él de no ser por su barba blanca y su apariencia respetable. Ese hombre se acercó a él y le preguntó:

—¿Lleva usted muchos años actuando de fiscal, amigo?

—¿Por qué?

—¡Hum! Creo haberle visto actuar en alguna otra parte. Pero ha cambiado usted mucho.

El hombre, que vestía ropas de luto, dio media vuelta y se alejó lentamente. Reg se quedó tan quieto y asombrado como si de repente le hubiesen atizado un mazazo en la nuca.

¿Le habría reconocido aquel hombre? ¿Sabría ya tal vez que él no era el fiscal Bud Sherman?

Su pregunta no podía significar otra cosa.

Y cuando Reginald Spencer salió aquella mañana de la sala del juzgado sabía ya que iba a morir en la ciudad de El Paso.

CAPÍTULO XI

OTRA VEZ LA MUERTE

Reg había cenado muy frugalmente. De hecho no tenía ningún apetito. Subió a su habitación cuando eran las ocho y media, pensando que tenía el tiempo justo para recoger sus apuntes sobre el proceso e ir a ver a la abogada de Irina. Estaba firmemente decidido a aprovechar la oportunidad de aquella entrevista para obtener una visión clara de lo que se ventilaba en aquel misterioso asunto. Y para eso debía empezar siendo puntual a la cita.

Pero iba a tener otra entrevista antes de aquélla. Una entrevista que no sospechaba.

Entró en su habitación y encendió en seguida la lámpara de petróleo. Apenas lo había hecho y tenía aún les brazos en alto, cuando una cosa dura le acarició la columna vertebral.

—Quieto, mi amigo, o lo relleno de plomo.

La luz permitió ver a Reg que había otro hombre en la habitación, éste tumbado en su cama. Le apuntaba indolentemente con un «Colt» y le contemplaba con la sonrisa dañina del que ya tiene segura su presa. El otro le apretaba tan firmemente con el cañón que Reg comprendió sería un suicidio intentar algo. Pero, no obstante, bajó los brazos.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Los encargados de la limpieza del hotel?

El que estaba a su espalda rió.

—Eso, mi amigo. Los encargados de echar la basura a la calle. No se puede imaginar el peligro que corre.

Reg se volvió poco a poco. Antes de que pudiera hacerlo del todo, el otro le clavó un bestial culatazo en la nuca, y el joven rodó por el suelo con un gemido de dolor. Una bota se le clavó entonces dos veces en las costillas, haciéndole encogerse.

—He aquí el gallardo fiscal —dijo el que estaba en la cama—. Vamos a amarrarle, Joe, antes de que se nos deshaga o antes de que se nos pudra.

Reg estaba aún medio inconsciente a causa del culatazo. No pudo

evitar que el de la cama cayera sobre él y le plegara brutalmente ambas manos a la espalda. El otro, un tipo de unos veinticinco años y facciones simiescas, lo descalzó.

—¿Puede saberse qué queréis? ¿Quién diablos os envía?

—Papá Noel.

El que estaba frente a Reg roció con pólvora que ya tenía preparada las plantas de los pies del joven y los espacios interdigitales. Luego sonrió cruelmente, mientras encendía un pedazo de yesca.

—Nuestro pobrecito fiscal no va a poder andar en varias semanas. Tendrán que llevarle al juicio en camilla, el muy comodón. Pero irá convencido de que hay que pedir la pena de muerte para Irina Wells, ¿verdad, angelito?

Reg gimió, tratando de contorsionarse y liberar sus brazos. Pero la llave que le aplicaba el de su espalda era tan perfecta que no pudo hacer nada. Contempló, con ojos desorbitados, cómo la llama se acercaba a sus pies, que iban a quedar convertidos en una masa informe. Apretándose los labios hasta hacerse sangre en ellos, logró dominar su nerviosismo y preguntó:

—¿Quién os envía? ¿Quién os paga por hacer esto?

—Ya lo averiguarás... cuando puedas volver a andar.

La llama se acercó un poco más. Reg gimió, como si hubiera perdido ya la serenidad y estuviese aterrorizado. Pero no lo estaba.

Sus dos piernas se movieron a la vez con la rapidez y la fuerza de dos catapultas. El hombre que estaba frente a él lanzó un aullido y cayó de espaldas, mientras el otro hacía más salvaje e intensa la llave de brazos. Reg se contorsionó, dominando el terrible dolor, y el otro siguió pegado a él como una lapa.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo y poniendo en juego toda su gigantesca musculatura, el joven se puso en pie y sin transición se lanzó de espaldas contra una de las paredes.

La luna del armario situado allí se rompió y los dos hombres quedaron casi empotrados en el mueble. Pero el que estaba pegado a la espalda de Reg fue el que recibió el golpe, y algunos cristales se clavaron ligeramente en su cabeza. Lanzó una horrenda maldición y trató de hacer más intensa su presa, sin conseguirlo.

El otro ya se había rehecho y venía contra Reg, pero éste levantó nuevamente ambas piernas y lo lanzó contra la otra pared igual que un pelele. Luego movió la espalda, haciendo que el cuerpo del otro

se frotase contra los cristales rotos. Notó que la presa se hacía instantáneamente más débil, y entonces movió a la vez ambos brazos con un esfuerzo gigantesco. Quedó libre y a causa de la misma fuerza que había puesto en juego salió proyectado contra la otra pared.

Sacó mientras el enemigo que tenía a su espalda disparaba frenéticamente. Las balas picotearon la pared como reptiles ansiosos. Reg hizo fuego dos veces y el otro se encogió, aullando, sin haber podido salir aún del armario. Como casi estaba bajo la cama, Reg la levantó con una mano y una pierna y la lanzó contra su otro enemigo. No pudo alcanzarle debajo, pero al menos salvó la vida.

Reg disparó otra vez, con los dientes apretados y los ojos empuñados, sabiendo que lo hacía sobre seguro, y su enemigo se llevó la mano derecha al rostro con un gemido de horror. La bala le acababa de penetrar entre los dos ojos. Cayó como un plomo, mientras la sangre saltaba entre sus dedos.

Reg, instantáneamente para no verlo, lo cubrió con una de las sábanas. Pero ya se habían despertado sus nervios de pistolero. Ya volvía a ser el que fue, el que mató a Sherman, el que jamás en su vida había necesitado más de una bala por cada desafío.

Estaba calzándose apresuradamente cuando alguien empujó la puerta. El dueño del hotel entró, sudoroso y lívido. Por su expresión, Reg adivinó en seguida que aquel hombre sabía ya que dos pistoleros aguardaban en la habitación la entrada de Reg, para martirizarle o para darle muerte. Le miró con ojos donde se leía una implacable acusación.

—¡Pero, señor Sherman...! —susurró el dueño del hotel.

—Le sorprende encontrar dos muertos cuando sólo debía haber uno, ¿verdad? Y más aún cuando ese uno debía ser yo. ¡Dígame quiénes eran esos tipos o no me costará disparar otra vez!

—Yo... yo no lo sé exactamente, señor Sherman, porque a El Paso llega continuamente gente nueva. Pero diría que son James y Butler.

—Ha pronunciado usted sus nombres sin haber visto a uno de ellos, que está cubierto por una sábana. ¡Maldito sea mil veces! ¡Dígame por qué les ha permitido entrar aquí y de quién es la cochina mano que está pagando todo esto! ¡Hable o le descerrajo una bala en la

cabeza!

El dueño del hotel parecía aterrorizado. Pero más que por Reg por lo que éste le preguntaba. Sólo pudo decir:

—Es muy importante, señor Sherman... Tan importante que no puedo hablar más. Y si quiere aceptar el consejo de un hombre que aprecia la vida, márchese de la ciudad... Las cosas están llegando demasiado lejos y aquí correrá mucha sangre.

Reg ya había terminado de calzarse. Se puso en pie y sujetó al hombre por las solapas.

—¡La sangre ha empezado ya a correr y nada podrá detenerla! ¡Abra la boca y suelte el nombre del que le ha obligado a esto! ¡Acabo de matar a dos hombres y le juro que no me importará matarle a usted!

—James y Butler eran de los mejores pistoleros de El Paso. Yo no comprendo...

—¡Lo que piense de esto me tiene sin cuidado! ¡Dígame quién es el que se mueve detrás de estos sucesos!

—¡No puedo! ¡No puedo hablar!

El hombre estaba sinceramente aterrorizado. Para arrancarle una palabra más hubiese tenido que arrancarle la piel. Y como Reg, desgraciadamente, ya había tenido que emplear bastante la violencia aquella noche, decidió no ponerse más duro por el momento. Dio un empujón al hombre y lo arrojó rodando por el suelo.

Luego, y tras ajustarse bien los revólveres, salió de la habitación.

Ya en la calle, se dirigió rápidamente al *Black Prince*, donde se alojaba la mujer con la que concertó aquella misteriosa cita. No tenía tiempo que perder. El hotel al que se dirigía estaba algo alejado, y a causa de eso y por no disponer de caballo, llegó a él a las nueve y diez. Preguntó al encargado de la recepción en qué habitación se alojaba la mujer a la que iba buscando. No necesitó dar ningún nombre, porque los dos eran sobradamente conocidos en la ciudad.

—Habitación 13, señor.

—Mal número.

Reg subió. Y al decir «mal número», no podía ni imaginar siquiera cuánta razón tenía.

CAPÍTULO XII

Y OTRA VEZ LA MUERTE

Reg llegó a un corto pasillo donde había ocho habitaciones, cuatro a cada lado. La última de ellas era la que llevaba el número 13.

Suavemente, llamó.

No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, y al no franqueársele tampoco la entrada, empujó por sí mismo la puerta. La habitación estaba a oscuras. Dentro olía a perfume caro y a suaves ropas de mujer. Un silencio siniestro imperaba en la pieza.

Fue a encender la lámpara de petróleo, buscando a tientas, pero recordó lo que minutos antes le había sucedido en su propia habitación y no siguió adelante. Terminó de abrir del todo la puerta para que penetrase la luz del pasillo. Vio la cama bien hecha, la alfombra limpia y una silla sobre cuyo respaldo había doblados varios vestidos. De la mujer, ni rastro. Sus ojos de águila escrutaron las tinieblas mientras engarfiaba las culatas de sus revólveres. Estaba con los nervios tan en tensión que si en este momento, en la oscuridad, se hubiese movido una mosca, la habría atravesado con plomo ardiendo. Pero dentro de la habitación no había nadie.

Reg se dio cuenta de que aquello se componía en realidad de dos piezas. En la habitación donde se encontraba, que era el dormitorio, había una puertecita entreabierta. Reg se acercó a ella con paso suave, enderezó el revólver y la abrió de golpe.

Un segundo después la había vuelto a cerrar.

Algo febril, maniático, obsesionante, brilló en sus ojos. La mano que empuñaba el revólver tembló. Tuvo que sentarse en la silla donde estaban los vestidos porque le sobrevino de repente la sensación de que iba a caer al suelo.

Y eso que Reginald Spencer había visto muchas cosas durante su vida.

Tragó saliva poco a poco, reunió fuerzas —porque las necesitaba para aquello— y abrió de nuevo la puerta. La mujer estaba allí, en la pequeña habitación-ropero, pero no como él había esperado

encontrarla. Con las ropas aún desordenadas a causa de la lucha pendía de una fina cuerda que estaba sujeta a su vez de una viga del techo. Sus manos estaban inútilmente crispadas casi a la altura del cuello. Tenía los ojos abiertos y le estaba mirando a él, a Reg.

La mujer había sido asesinada precisamente porque se citó con él.

Reg, como obsesionado, volvió a sentarse en la silla. La verdad era que en estos momentos no sabía qué hacer. Era como si el golpe le hubiese dejado sin fuerzas. Trató de reflexionar, porque al día siguiente se reunía el jurado e iba a ser condenada Irina, y en ese momento vio aquel papel.

Estaba plegado bajo la almohada y sobresalía un poco. Quien lo puso allí lo había hecho ex profeso para que se viese. Y sólo se comprendía que los asesinos no lo hubiesen advertido por la precipitación con que debieron obrar. Reg extendió el brazo y lo recogió.

Estaba escrito con letra de mujer, en un billete perfumado, y decía:

«Sospecho que puede ocurrirme algo. La persona que me contrató nos ha visto hablar esta mañana. Puede pensar con razón que estoy arrepentida. Pero acepté el encargo de hundir a Irina porque me lo pagaban bien y yo era una mujer ambiciosa. No sabe hasta qué punto lo lamento ahora. Pero si algo me ocurre sepa que los culpables son...».

Aquí terminaba el mensaje. Las últimas palabras estaban escritas con una rapidez frenética.

Reg se levantó pesadamente, abrió la puerta y salió al exterior. El pasillo le pareció de repente una cosa oscura y tétrica. Vio en su pupitre al encargado del registro que posaba anotaciones a un libro.

—Tiene usted que avisar al *sheriff*. Han asesinado a la ocupante de la habitación número 13.

—Cuantos... No ha subido nadie.

—Quizá han entrado por la ventana. El primer piso no está a mucha altura. Pero lo cierto es que la mujer que ocupaba esa habitación ha sido... ahorcada.

Hubo en el vestíbulo un minuto de angustioso silencio. El encargado

del hotel estaba tan asustado que empezó a sudar. Y una gotita de sudor tuvo tiempo para resbalar por su barbilla y caer sobre el libro registro. Reg dio una palmada sobre el pupitre.

—¡Vamos!... ¡No puede estarse quieto ahí! ¡Avisé al *sheriff*!

Fue en ese momento, al volver un poco la cabeza, cuando Reg vio por segunda vez a aquel hombre. Estaba sentado en una zona de oscuridad y apenas se le distinguía a causa de su traje negro. Pero su barba blanca resaltaba entre las tinieblas de una forma un poco siniestra. Sus ojos también brillaban en la oscuridad.

—Yo puedo encargarme de avisar al *sheriff* —dijo—. Pero, entretanto, ¿qué hará usted?

Reg lo miró.

—Nos hemos visto esta misma mañana en la sala del juzgado, si no recuerdo mal —dijo Reg, tratando de no perder la calma—. Y me ha preguntado usted si llevaba mucho tiempo actuando como fiscal. Ahora soy yo quien va a hacerle una pregunta: ¿Quién es usted y qué está haciendo aquí?

—Mi nombre poco importa —dijo el de la barba blanca—, aunque si lo desea puede consultar el libro registro del hotel. Me hospedo aquí. Y estaba sencillamente pensando en ese rincón cuando usted ha dicho que acababan de asesinar a una mujer arriba.

Una multitud ingente de preguntas acudió en tropel a la mente de Reg. Si aquel hombre llevaba sentado allí mucho rato, si había visto entrar o salir a alguien, si había oído algún ruido sospechoso o si era él el culpable... Pero decidió no preguntar. Algo le decía que cuanto más lejos estuviese de aquel hombre sería muchísimo mejor. Retrocedió un poco.

—Voy a la cárcel —dijo—. Si ya ha sido asesinada una mujer, no hay razón para que no sea asesinada otra. Me gustaría también encontrar al culpable, por simple curiosidad: la de saber cuánto plomo puede digerir su cuerpo.

—Vaya tranquilo..., señor Sherman —dijo el de la barba blanca, con una entonación especial, mirándole a los ojos—. Yo me encargaré de avisar al *sheriff* y de darle cuenta de su descubrimiento. Le deseo mucha suerte en la búsqueda del asesino.

Reg no contestó nada. En realidad, aquel hombre le confundía tanto que no sabía qué contestar. Dio media vuelta y salió del hotel, dirigiéndose con paso rápido a la cárcel.

Encontró gran revuelo en ésta. Las luces estaban encendidas y los tres guardianes corrían de un lado a otro como poseídos por el demonio. Uno de ellos, al verle llegar, se le quedó mirando con ojos de visionario.

—¿A quién busca? ¿A Irina Wells?

Reg sintió que una cosa amarga le recorría la garganta. Dijo que sí con la cabeza.

—¡Pues ha huido! ¡Ha huido hace quince minutos y no tenemos el menor rastro de ella!

CAPÍTULO XIII

ACTÚAN LOS GATILLOS

Irina Wells palpó la lima, la acarició como a un ser vivo y admiró la soberbia perfección de sus aristas que le permitirían a ella, al fin y al cabo una débil mujer, abrir brecha en los barrotes de la ventana antes de dos horas. Alguien se la había arrojado por esa ventana, muy poco antes, valiéndose de un lazo a cuyo extremo iba sujeta. Ese alguien debía tener una envidiable habilidad, porque logró hacer penetrar la lima por entre las rejas sin causar el menor ruido. No le hizo llegar ningún mensaje, pero un instrumento así en las circunstancias de Irina es de los que no necesitan ninguna clase de explicaciones. Inmediatamente y aprovechando que era la hora del crepúsculo, cuando los guardianes se disponían a jugar su inacabable serie de partidas de naipes, se puso a trabajar.

Mientras limaba incansable, con ágiles movimientos de sus brazos, los barrotes de la ventana, no dejaba de preguntarse quién podía haberle proporcionado aquélla ya inesperada ayuda. Y aunque eso le parecía absurdo y risible, un solo nombre venía a su memoria: ¡El nombre de Bud Sherman, el fiscal implacable y sanguinario a quien, sin embargo, según veía ahora, guiaba un verdadero anhelo de justicia!

Pero era el corazón de Irina el que hablaba, no su cerebro. El corazón le decía que sólo ese hombre podía haberla ayudado. Limó y limó, insensible a la fatiga y a la sangre que se había producido en sus propios dedos, hasta que logró romper en la estructura de los barrotes una parte suficiente para que pudiera pasar su cuerpo. Cuando esto ocurrió, eran sobre las nueve de la noche, cosa que pudo calcular por la situación de las estrellas en el firmamento.

Se acercó de puntillas a la puerta y escuchó a través de la plancha metálica. No se oía nada, señal indudable de que los tres guardianes estaban reunidos en la habitación del fondo, bebiendo y jugando. Comprobado esto, Irina se dirigió a la ventana y salió por el hueco que había logrado formar, con dos torsiones de su agilísimo cuerpo.

Quedaba ahora una segunda parte, nada fácil, que era saltar sobre el muro exterior. La cárcel de El Paso era de las mejores construidas de todo el Sudoeste, pero aun así no dejaba de presentar bastantes defectos para la seguridad de los encerrados en ella. Uno de esos defectos era lo cerca que estaba el muro exterior de la pared donde se abrían las ventanas de las celdas. Irina quedó colgando unos instantes en el vacío, se jugó la vida en aquel intento, pero al fin consiguió su propósito. Puso los pies en el muro exterior y desde allí saltó al campo.

Entre la oscuridad oyó el piafar de un caballo. Alguien lo había dejado allí sabiendo que ella se dirigiría infaliblemente hacia aquel sitio. La fuga había sido bien planeada en sus más importantes detalles e Irina tuvo la sensación tranquilizadora de estar en manos de alguien que sabía hacer bien las cosas.

Desató el caballo, que estaba sujeto a un pequeño árbol, y montó ágilmente en él.

Se alejó de allí a la máxima velocidad que pudo, la cual no fue mucha. Y no llevaría ni diez minutos cabalgando cuando se dio cuenta de que la seguía alguien.

Eran dos hombres. Los dos montaban buenos corceles y la alcanzarían inmediatamente.

La horrible verdad se abrió entonces paso en el cerebro de Irina. No había pensado en aquello hasta entonces porque le parecía increíble que una cosa así pudiera volver a suceder. Pero, horrible o no, la verdad era que los que la habían ayudado a escapar eran otra vez los Globert.

Los dos eran hábiles tiradores de lazo. Se les reconocía fácilmente por el modo peculiar como iban inclinados sobre los cuellos de sus monturas.

Dominada por el terror, Irina excitó a su montura, pero no pudo obtener mucha más velocidad de un caballo que tenía ya edad para estar en la cuadra rodeado de sus nietos. Vio cómo las monturas de sus enemigos se acercaban de un modo fatal y comprendió que dentro de cinco minutos sería alcanzada si no lograba desorientarles.

Se introdujo por un cañón de suelo arenoso, y los Globert fueron tras ella. Conocían la comarca demasiado bien para que alguien tratase de darles esquinazo. En la arena, la marcha del caballo que

montaba la muchacha se hizo aún más difícil, y las patas del animal no tardaron en doblarse. Para evitar que se las rompiera en una caída, Irina saltó al suelo y echó a correr por entre unos cañaverales. Allí el suelo, cerca de un pequeño arroyo, era también arenoso. Dejó de oír a sus perseguidores y por un instante creyó haberlos desorientado. Pero cuando más empezaba a arraigarse en ella esta confianza, una garra apareció por su espalda y le rasgó el vestido de un tirón. Las cuatro manzanas de los Globert cayeron sobre su boca y su cintura, reduciéndola a la inmovilidad. En confuso montón rodaron por el suelo, sobre la arena. Irina lanzó un estertor mientras uno de los Globert le ataba un pie al tronco de un pequeño árbol muy cercano al agua.

Los Globert se colocaron uno a cada lado.

—Creíste que te salvaba otro, ¿no? —dijo Isaías, el mayor—. ¡Estúpida! ¿Qué otra persona crees que puede sentir interés por ti?

—Bueno, sí que lo sienten —rió Jakob, el menor—, pero por verte muerta. No hemos de negarte, preciosa, que nos han pagado por hacer esto.

—¿Quién os ha pagado? ¿Por cuenta de quién trabajáis, granujas?

—Psssee... Eso, ¿qué importa? Y mira, niña, tienes un aspecto de potra salvaje que nos ha encandilado a los dos. Hace ya mucho tiempo que esperamos una oportunidad como ésta. De modo que antes de matarte vamos a hacerte rabiar un poco.

—¿Queréis conseguir ahora lo que no conseguisteis la otra vez? —susurró Irina, con voz febril—. ¿Sí? Lo lamento... ¡porque antes tendréis que matarme!

Los dos rieron a la vez de una forma ratonil, silenciosa.

—No hará falta. Sabemos cómo tratar a las chicas.

Los dos se lanzaron contra ella casi a la vez, sujetándole las manos, y se las ataron brutalmente a la espalda. Irina gimió, impotente, y los cañaverales se tragarón sus gemidos. Aquellos hombres iban provistos de todo: cuerdas, armas y hasta un pañuelo limpio con el que se dispusieron a amordazar a Irina. Una vez lo hubieron conseguido, y viéndola tan completamente indefensa, se frotaron las manos casi a la vez.

Fue en ese momento cuando oyeron un ruido muy suave a su espalda.

Las cañas se habían movido. Oscilaban como si el viento las

moviese, pero no hacía viento. Los Globert se llevaron instintivamente las manos a las culatas de sus armas.

La luna, cada vez más alta, lo iluminaba todo. Y fue la luna lo que les permitió ver a aquel hombre.

—¿Qué quiere, Sherman? —preguntó Jakob—. ¿No tenía intención de condenar a esta mujer? Pues nosotros la despachamos y usted se ahorra trabajo. Lárguese de aquí.

—Me largaré... cuando haya ejecutado dos sentencias.

Los Globert parpadearon a la vez, confusos y un poco trémulos. Había algo en la voz de aquel hombre que producía un escalofrío. Y a pesar de que los Globert se consideraban excelentes tiradores y eran dos contra uno, sintieron que sus dedos temblaban al rozar las culatas.

—¿Quién os ha pagado esta vez por acabar con Irina?

Isaías sonrió.

—Adivina adivinanza, Sherman.

La respuesta no pareció desconcertar demasiado al fiscal.

—Está bien, así perderemos menos tiempo. ¡Defendeos, si sabéis luchar cara a cara!

Los Globert tiraron instantáneamente de las culatas que ya estaban tocando con tus dedos. Al hacer este gesto renació la confianza en ellos y supieron que iban a vencer. Porque eran pistoleros profesionales, y, en cambio, el otro no era más que un hombre de leyes. Se arquearon un poco y levantaron los revólveres.

Reg casi no se había movido. Empleó sólo su revólver derecho, el de la culata con alambres. Disparó frenéticamente dos veces mientras amartillaba con la izquierda, un poco inclinado hacia adelante y con los ojos entrecerrados por el odio. Los Globert ni siquiera llegaron a levantar los revólveres, tal fue la rapidez alucinante de sus disparos. Dos botones rojos aparecieron en sus camisas, a la altura del corazón, y los dos hombres se desplomaron como peleles sin vida. Cayeron cara al cielo, con las facciones deformadas por una invencible expresión de asombro.

Reg enfundó su revólver. Una expresión de sufrimiento endurecía su rostro. Colocó bien los cadáveres sobre las cañas, les cerró los ojos y les plegó las manos sobre el pecho para borrar de ellos la trágica tensión que había acompañado a sus últimos segundos. Luego miró a Irina.

La muchacha, que estaba amordazada, tenía también los ojos clavados en él. Había una extraña fuerza en la mirada de la mujer. Un fluido magnético que parecía unirse a la luz de la luna y creaba una especie de magia. Entre los cañaverales, extinguido el eco de los disparos, empezaron a croar las ranas. Su sonido insistente, monótono, empezó a cubrir la noche y los envolvió a los dos.

Irina se sentó en el suelo, aunque no podía liberarse de sus ligaduras. Reg se arrodilló frente a ella, desató las ligaduras de su pierna y luego las de sus brazos. Por fin le quitó la mordaza.

La mujer se puso en pie. Quedo quieta a unos centímetros de su rostro y mirándole fijamente.

Y entonces, Reg hizo aquello.

«Aquello» consistió en mover la mano derecha. En aplastarla contra la mejilla de Irina. En volverla a golpear luego con el dorso.

—¿Por qué me has golpeado, Bud?

Fue en ese momento cuando Reg confesó. Cuando con voz turbia y desgarrada dijo lo que todo aquel tiempo había estado en el fondo de su corazón:

—¡Porque yo no soy Bud Sherman! ¡Porque yo soy Reginald Spencer, el hermano de John, aquél a quien tú asesinaste!

CAPÍTULO XIV

LA HORA DE LA VERDAD

Irina debió sentir como un mazazo en el cráneo, porque se notó una crispación en sus mismos ojos. Se puso en pie de un salto y aferró por las solapas a Reg.

—¡No puede ser! ¡Todo esto es una mentira! ¡Tú no eres el hermano de John!

Reg la apartó bruscamente.

—Lo soy y puedo demostrártelo. Tengo documentos a mi verdadero nombre.

Irina bajó la cabeza. Parecía aplastada por el peso de aquella revelación. Sus dedos fueron de nuevo hacia las solapas de Reg, pero se quedaron a medio camino, acariciaron un instante el aire y luego volvieron atrás. Su mirada bajó lentamente hasta el suelo.

—John murió... asesinado —susurró ella.

—Lo sé demasiado bien. ¡Y tú eres la culpable de ese crimen!

Reg creyó que la muchacha protestaría o trataría de defenderse, mas no lo hizo. Pareció aceptar aquella tremenda acusación con una absoluta indiferencia. Pero hizo una pregunta que para ella debía ser mucho más importante. Una pregunta que sobresaltó a Reg.

—Entonces, si yo soy la culpable de ese crimen, ¿por qué me has salvado?

El hombre se estremeció en contra de su voluntad, porque no tenía ninguna respuesta para aquella pregunta. Al menos ninguna respuesta que pudiera dar en vez alta. Porque en el fondo de su corazón sí que sabía el qué. Y sabía que volvería a salvar a Irina otras cien veces si cien veces ocurriera lo mismo. Y sabía porqué durante el juicio había buscado tan desesperadamente la verdad. Y por qué temblaban sus dedos, su corazón, su piel al sentir a la mujer tan cerca. Pero nada de esto podía decirse.

—Por un simple deber de humanidad —contestó él, con un acento más falso que las palabras de Judas.

—¿Y qué es lo que ese deber de humanidad te impulsará a hacer

ahora?

—Entregarte a los guardianes de la cárcel. No tardarán en llegar porque hemos acordado encontrarnos aquí al final de la batida. Mañana se reunirá el jurado y te aplicarán la pena que mereces. A partir de ese momento, a mí me tiene sin cuidado lo que pueda suceder.

Irina sonrió tristemente.

—A mí también. En el fondo todo será muy sencillo. Mañana mismo tomarán las medidas de mi ataúd y luego me dejarán en paz hasta que llegue la hora. Al fin y al cabo, este asunto terminará simplemente... con un ataúd para una mujer rubia.

Reg se estremeció. Muy cerca tenía los cuerpos de los Globert, a quienes Irina no podía haber pagado para que la salvaran. Recordó a la ahorcada del *Black Prince*. Irina no podía haber hecho aquello. Y recordó, sobre todo, lo que sentía por la mujer. Recordó el loco frenesí de sus malditos sueños. Los sentimientos contra los que durante las noches intentaba luchar. Aquel maldito amor que le desgarraba los nervios, el corazón, el alma...

Irina volvió la espalda poco a poco.

—Vamos en busca de los guardianes, Reg.

El la miró, mientras avanzaba por el cañaveral con su vestido roto y sus pies desnudos. Una pena sorda, violenta, donde había mucho de pasión, se apoderó de él. No supo cómo, sintió que sus dos manos iban en busca de la mujer.

—¡Espera!

La había obligado a volverse. Irina le miró fijamente con sus ojos transparentes, puros.

—¿Qué deseas, Reg?

—¡Tu silencio me deshace los nervios! ¡Tu maldita resignación también! ¡Tienes que protestar, tienes que defenderte y decir algo! No puedes callar de esa manera, ¿entiendes? ¡Dime por qué mataste a John! ¿Por qué le engañaste? ¿Qué hiciste con él?

La mujer tuvo un estremecimiento, curvó los labios y entonces su garganta se desgarró en un sollozo. No pudo resistir más, Hundió la cabeza y sus pequeñas manos aterraron las solapas de Reg.

—Yo no lo maté. ¡No hubiese podido hacerlo nunca, nunca! —Sus ojos miraban al hombre y sus lágrimas resbalaban por sus mejillas, por sus labios—. ¡Yo no hubiese podido causar ningún daño a John!

¡Pero sé quién lo hizo!

—¿Quien? ¡Habla!

—Fue el capitán Roberts.

Reg la apartó suavemente. Sus labios se doblaron en una mueca de triste decepción.

—Ah, vamos.

—¿Es que no me crees, Reg?

—Desde los más remotos tiempos —susurró él—, un procedimiento cómodo para eludir responsabilidades ha sido cargar la culpa a los muertos.

—Pero, Reg, yo... yo...

No quiso decir más. Se adivinaba claramente que no deseaba seguir hablando, a pesar de que había palabras que ya le quemaban los labios. Si Reg hubiese tenido en este momento calma suficiente para observarla habría podido obtener de ella aquellas palabras. Habría podido desentrañar el misterio que envolvía el caso desde el mismo momento en que se inició. Pero eran otros los sentimientos que en este instante embargaban a Reg. La tempestad que le conmovía iba en otro sentido, sin que su voluntad pudiese controlarla. Y así, bruscamente, sin transición, preguntó:

—¿Te había besado John? ¿Te había tenido en sus brazos?
¡Contesta!

La muchacha se sobresaltó. Reg vio que temblaba como las cañas mecidas por el viento.

—¿Qué te importa eso, Reg?

—¡Me importa! ¡Me importa más de lo que supones, más de lo que nunca podrás imaginar! ¡Como me importa saber qué te hicieron ésos, los Globert! ¡Lo que los hombres han hecho contigo!

Reg jadeaba al hablar. El mismo no se daba cuenta, pero se había transformado por completo. Sus manos tendidas hacia Irina, temblaban ligeramente. La muchacha se estremeció...

—¿Qué más te da, Reg? ¿No sabes ya que tengo una hija?

Él se acercó de un salto. La luna iluminó claramente sus facciones sudorosas, lívidas. Sus dedos, parecidos a garfios de hierro, estrecharon por los hombros a la mujer.

—¡Contesta!

—¡Los Globert no pudieron hacerme nada! —Jadeó ella, mientras bajaba y subía su pecho—. ¡Tampoco John! ¿Comprendes? ¡Porque

tu hermano era un caballero!

Reg tembló. «Y yo no lo soy —se dijo—. Yo no lo soy porque deseo besarla, porque con todas las fuerzas de mi corazón anhelo que sea mía».

Se apartó un poco, como si tuviera miedo, y los brazos cayeron a lo largo de su cuerpo. Miró a Irina con ojos lejanos, igual que si tratara de ignorar su palpitante presencia. Y entonces fue cuando susurró:

—Mi pequeña y pobre Irina... ¿Por qué has tratado de engañarme? ¿Por qué has tratado de hacerme creer que era tuya esa hija?

Y en ese momento llegaron los guardianes. Sus brazos cayeron sobre Irina antes de que ésta pudiese responder, dominando sus palabras, dominando su angustia, su llanto.

CAPÍTULO XV

SIN LA MÁSCARA

El juez carraspeó y dijo:

—¿Tiene algún inconveniente el señor fiscal en que el jurado se retire a deliberar o desea seguir armando alborotos en esta respetable sala?

Su voz quería ser burlona, pero revelaba cierta oculta ansiedad. En el fondo estaba absorto en la marcha de aquel proceso y se sentía como un espectador más. Siempre se estaba preguntando qué nueva carta se sacaría el fiscal de la manga. Y le contempló con cierta ansiedad, dispuesto a oír lo que contestaba.

Reg, antes de responder, miró a su alrededor. Estaban allí sentados casi en los mismos sitios, todos los personajes de las otras sesiones. Vio a Key y a Walcott, a Marcia y al individuo de aspecto ratonil que parecía ser su padre. Vio también a unos cuantos pistoleros formando como una especie de guardia de honor. Pero su última mirada fue para Irina.

La muchacha tenía la cabeza hundida y sus ojos estaban posados en el suelo. Todo ello revelaba un inmenso abatimiento, como si no hubiese podido dormir en varias noches. Pero aun así, Reg la encontró tan soberanamente hermosa que tuvo que desviar los ojos.

—Lamento tener que turbar la tranquilidad del señor juez —musitó—, pero no estoy conforme con que el jurado se retire a deliberar ahora.

El juez abrió mucho la boca.

—¿Que no? Pero ¿por qué diablos...?

—El proceso no está terminado aún, señoría. En realidad, las cosas no han aparecido claras en ningún momento. Observará que el lugar de la defensa lo ocupa un profesional nombrado a toda prisa, ya que la persona que lo ocupaba ayer ha sido asesinada. Y me interesaría aclarar algunos puntos continuando el interrogatorio de los testigos.

El juez le miró con atención.

—Señor Sherman, me creo obligado a decirle que cuando usted llegó a El Paso le precedía una fama de hombre sanguinario e innoble que ensuciaba su apellido en todo este Estado. Las gentes de bien, pues aún quedan algunas en Texas, le miraban a usted con desagrado y desprecio. Sin embargo, en este proceso me ha sorprendido usted, y eso es lo que quiero manifestar a fin de que conste en las actas del juicio. Ha actuado usted con verdadero espíritu de justicia, haciendo todo lo posible para el esclarecimiento de la verdad y no dudando incluso en arriesgar su vida fuera de aquí para que esa verdad pudiera mostrarse algún día a los ojos de todos. No sé qué va a ocurrir al final de este proceso, pues si bien algunas pruebas parecen concluyentes, hay detalles que lo contradicen todo. Pero quiero hacer constar que ha obrado usted con verdadero espíritu de justicia, señor Sherman, y que esto no es frecuente en los fiscales que últimamente tienen jurisdicción en Texas. Habrá que ir pensando en desmentir su triste fama.

Mientras el juez hablaba, los ojos de todos cuantos se encontraban en la sala habían estado posados sobre Reg. Éste tenía las facciones inmóviles, rígidas, como talladas en piedra. Uno de los que le miraban con más insistencia era el hombre de la poderosa barba blanca. Una sonrisa había aflorado a sus labios.

—Gracias, señoría —susurró al fin Reg—. No hago más que cumplir con un deber de conciencia.

Nunca sospecharía el juez que aquellas palabras tenían más de un sentido. Que la conciencia de Reg Spencer le impedía a dejar limpio el honor de Bud Sherman, a quien arrebató la vida.

—¿Desea llamar a algún nuevo testigo?

—Deseo interrogar a los señores Key y Walcott, si es posible.

—Lo es.

El juez hizo una señal al secretario y éste llamó en vez alta a los dos testigos. Ambos se pusieron en pie, ajustándose nerviosamente los revólveres. La primera pregunta de Reg fue tajante y directa:

—¿Cuánto pagaron ustedes a los Globert para que sacaran de la cárcel a Irina Wells y le dieran muerte después?

Hubo un murmullo de asombro en la sala. El juez palideció. Y tanto Key como Walcott apretaron los puños, mirando agresivamente a Reg.

—¿Se ha vuelto loco?

—¿Está seguro de lo que dice? —musitó el juez.

—Estos dos hombres no sólo pagaron a los Globert, sino también a la antigua abogado defensor para que dejara condenar a esta mujer. Cuando se dieron cuenta de que ella había perdido los nervios la asesinaron ahorcándola en su propia habitación del hotel. Yo descubrí el cadáver y el *sheriff* de El Paso está interviniendo ya en el asunto.

Walcott hizo una mueca.

—Eso lo sabemos todos. Es decir, sabemos ya que anoche fue ahorcada una mujer. ¿Pero por qué se atreve a acusarnos a nosotros? ¿En qué se basa? ¿Ya ha pensado que no le conviene crearse demasiados enemigos en la ciudad, señor Sherman?

Reg extrajo el papel que encontrara en la habitación de la muerta.

—Ella hizo una declaración completa, por escrito, antes de morir —mintió, pues el papel no citaba ningún nombre— y además tuvo tiempo de hablar uno de los Globert.

Aquella era su baza. Si fallaba, si los dos hombres conservaban el dominio de sus nervios, podía darlo todo por perdido, puesto que no podría probarles nada. Pero el golpe era demasiado fuerte para los que ya creían tenerlo todo seguro, para los que ya tenían encargado el ataúd de la mujer rubia. Si sus nervios le delataban lo tenían todo perdido. Y en una ciudad tan violenta como El Paso, donde cualquier contingencia se resolvía por métodos de la más brutal acción, era muy fácil que los nervios delatasen a un hombre.

Reg chilló:

—¡No sabe nada! ¡Está loco!

Pero Walcott estaba mirando aquel papel. Si era verdad que allí había escrito algún nombre, si era cierto que la mujer les delató antes de ser asesinada, aquello significaría su fin. Y por eso, con sólo dos dedos, hizo una suave seña a un hombre que estaba junto a la puerta de la sala.

Aquel hombre ya sabía lo que tenía que hacer. Mover el gatillo un par de veces y huir, huir bien lejos. Key o Walcott ya le harían llegar la recompensa.

—¡Está loco! —siguió chillando Key—. ¡Está loco!

Desde la puerta, el hombre se movió. Sus pequeños ojos parecidos a los de un chino, adquirieron un extraño brillo. Levantó el revólver poco a poco, apuntando a Reg.

La detonación hizo estremecer la sala. El hombre que estaba junto a la puerta se llevó ambas manos a la cabeza, lanzando un grito de horror.

Reg se había lanzado al suelo en el último segundo, extrayendo uno de sus revólveres con velocidad alucinante. Había visto ya antes a aquel hombre junto a la puerta, advirtiéndole que su situación no tenía nada de natural. Había visto también la seña que Walcott le hizo.

—¡Quietos!

Los dos hombres que estaban en el estrado habían desenfundado ya sus armas. Pero se encontraron dominados por el revólver de Reg.

—¡Haced un movimiento y os barrenaré la cabeza! ¡Pido al juez que haga examinar el cuerpo de ese hombre y sea reconocido como uno de los miembros de la cuadrilla que capitanean Key y Walcott!

Tras el rapidísimo disparo que Reg había hecho hacia la puerta, eliminando al hombre que iba a asesinarle, ninguno de los dos amenazados se atrevió a moverse, pues el fiscal empuñaba el revólver con mano demasiado firme. Sólo Key protestó:

—¡Nada teníamos que ver con ese hombre! ¡Por mi parte ni le conocía siquiera!

—El Paso es una ciudad relativamente pequeña, señor Key —dijo el juez poniéndose en pie— y todos los que en ella habitamos nos conocemos un poco. Yo mismo recuerdo haber visto a este hombre en compañía de usted más de una vez. ¿Puede explicarme entonces por qué trató de disparar contra el señor Sherman? ¿No será que usted se lo había ordenado?

Los dos hombres se miraron a los ojos, dándose cuenta de que estaban pasando por un mal momento. Con esa mirada trataron de ponerse de acuerdo sobre lo que debían responder. Pero antes de que pudieran decir algo fue la voz de Reg la que se escuchó nuevamente en la sala:

—Estos dos hombres que ahora se encuentran ante nosotros son los verdaderos organizadores de esta sangrienta farsa, junto con otra persona que a su tiempo señalaré. Lo mismo Key que Walcott son cuatros, pero no unos cuatros vulgares, sino en gran escala. Claro está que ellos no se ensucian la cara tragando polvo por las rutas de ganado, sino que otros trabajan para clientes tan ilustres. De hecho, todo el ganado que se roba en Texas va a parar a bajo

precio a manos de Key y de Walcott, quienes poseen magníficos apartaderos y una verdadera organización en el Estado de Nuevo México. Comencé a sospechar algo de esto cuando nuestro primer testigo, Rufus Kartell, aseguró que las pieles con que comerciaba, y de las que Key y Walcott eran suministrados, procedían de Nuevo México y no de Texas, donde su precio tenía que ser lógicamente más bajo, por ser mucho mayor la riqueza ganadera. Pensando en todo ello recordé también que Key y Walcott habían sido proveedores de carne a bajo precio para el derrotado ejército del Sur, siéndolo ahora para las tuerzas de ocupación del Norte. Y todo su negocio se hallaba centralizado en Nuevo México, no en Texas, cosa tan extraña como lo que se refiere a las pieles de Rufus Kartell. Pero toda extrañeza desaparece si uno piensa que el ganado robado y luego comprado ilícitamente en Texas es peligroso permanezca dentro de las fronteras del mismo Estado. Key y Walcott, pues, son los cuatrerros más importantes que hoy pisan esta tierra. —Hizo una breve pausa, para añadir en seguida—: Pero todos sabemos que para poseer un negocio de esta envergadura, organizar unos apartaderos en el Estado vecino, pagar a los cuatrerros que venden las reses y alquilar hombres que las transporten a Nuevo México, hace falta una verdadera fortuna. ¿Cómo la adquirieron Key y Walcott, unos simples desertores del ejército del Norte?

Tranquilamente, mientras lanzaba esta acusación, había guardado el revólver. No parecía sentir el menor temor por lo que los dos forajidos pudieran intentar. Y realmente Key y Walcott estaban ahora tan asombrados y pálidos que se adivinaba iban a necesitar recuperarse antes de poder pasar a una mediana ofensiva.

—Lo que nos cuenta usted es extremadamente interesante, señor Sherman —dijo el juez— y arroja nueva luz sobre este proceso. Pero en efecto, ¿cómo adquirieron Key y Walcott el dinero de que usted habla?

—Muy sencillamente. Poniéndose en contacto con un capitán nordista llamado Caryl Roberts.

—¿Cómo? ¿El asesinado?

—Antes de que lo asesinaran, claro está.

Un murmullo de asombro y de estupor recorrió nuevamente la sala.

—Explíquese usted, señor Sherman.

—Es algo complicado, pero al mismo tiempo enormemente natural

y sencillo. Un joven suboficial sudista llamado John Spencer fue encargado por sus jefes de transportar una importante suma de dinero. La empresa, naturalmente, había de realizarse en secreto. Pero ese joven, suponiendo que muy bien pudiera no volver de misión tan arriesgada, comunicó a su prometida lo que le habían encargado. Fue una imprudencia que sólo su juventud puede disculpar en parte, y que pagó con la vida. Debo decir a los señores miembros del jurado que esa prometida de que les acabo de hablar, o más exactamente novia, pues no se había cambiado entre ellos palabra de matrimonio, es la muchacha rubia a la que tenemos sentada en el lugar de los acusados: Irina Wells.

Verdaderas exclamaciones de asombro y estupor partieron de las gargantas de los que estaban sentados más cerca. Lo mismo Key que Walcott respiraron aliviados, pues vieron que la acusación empezaba a derivarse de sus personas. E Irina inclinó la cabeza, mirando al suelo, al darse cuenta de que Reg, basándose en aquella vieja historia, la llevaría de todos modos a la horca.

—Irina Wells... —murmuró el juez arrastrando las sílabas—. Entonces hemos de convenir en que ella es culpable y se encuentra en relación con esos dos hombres, en el caso de que las acusaciones sean ciertas. ¿No es eso lo que quiere usted decir?

—No —murmuró Reg—. Nunca he querido decir eso. Irina fue el eslabón necesario, pero inconsciente, que puso en relación a aquel joven suboficial llamado John Spencer y la mentalidad criminal de Círyl Roberts.

—¿Pero qué tenía que ver Círyl Roberts con esta mujer? —preguntó el juez, señalando a Irina—. El capitán pertenecía al ejército del Norte, y ella vivía en un Estado sudista no ocupado aún. Era además, según usted mismo acaba de decir, novia de un suboficial sudista. ¿Cómo se compagina todo ello?

—Hay que ir por partes para comprenderlo todo —dijo Reg—. Irina Wells no tenía nada que ver con el capitán Roberts. Pero cometió la imprudencia, ella también, de comunicar a su hermanastra Marcia, aquí presente, por medio de una carta, lo que se le había dicho.

»Y Marcia sí que estaba en relación con el capitán, al igual que su padre. Ellos eran, por dinero, espías nordistas en Texas, y el oficial que atravesaba las líneas enemigas y estaba encargado de recoger la información era el capitán Roberts. No debemos deducir por ello

que éste fuera un hombre valeroso y fiel cumplidor de sus deberes. Recuerdo haber leído hace tiempo una acusación contra él, en la que se exponía estaba sirviendo a los dos bandos al mismo tiempo. Esa acusación debió archivarse, porque Roberts era hombre de fuertes influencias en los medios oficiales. El caso es que Marcia le explicó lo que su hermanastra le había confiado, y Roberts, sin pérdida de tiempo, al regresar a las líneas nordistas, preparó el golpe que había de reportar enormes beneficios a él y a los dos cómplices que para eso necesitó, los cuales fueron Key y Walcott. Naturalmente les preparó una hábil evasión y fácil entrada en territorio sudista, donde se establecieron inmediatamente.

»Y ahora, gracias a la habilidad de Roberts en repararlo todo, no existe cargo alguno contra ellos por deserción, habiendo podido entrar en relaciones con el Alto Mando nordista para abastecer de carne a sus tropas. Ésta es la parte más importante de los hechos, y la que lo explica todo.

Si Key y Walcott habían palidecido cuando se produjo la primera parte de la acusación, si habían cambiado por completo y adoptado una actitud primero confusa y después agresiva, ese cambio era mucho más profundo y trágico en Marcia Wells. La mujer a la que Reg conociera envuelta en tanta distinción y belleza, había sufrido una transformación diabólica. Su boca estaba crispada en una mueca cruel, sus manos aparecían agarrotadas en el aire, y parecía enteramente como si sus ojos fueran a salirse de las órbitas. Antes de que nadie pudiera impedirlo, se abalanzó sobre Key, mientras gritaba ansiosamente:

—¡Dispara, William! ¡Dispara!

Key no podía disparar. Tenía frente a él a Reg, quien aun sin sacar el revólver tenía la mano ligeramente arqueada sobre el mismo. En un duelo abierto Key no podía vencer, y por eso decidió aguardar una ocasión más favorable. Aún había varios pistoleros suyos en la sala.

—La actitud de las personas a quienes está acusando parece probar la verdad de sus teorías, señor Sherman —dijo el juez, mientras se encogía un poco en su asiento, dispuesto a lanzarse bajo el estrado en cuanto las cosas se presentasen mal—. Y, en efecto, los hechos concuerdan bien. ¿Puede usted responder algo a esto, señor Key? ¿Y usted, señor Walcott? ¿Tal vez usted, *miss* Wells?

Se olía a pólvora en el ambiente. Todos sabían que la muerte acababa de penetrar en la sala de sesiones del tribunal de El Paso. Pleitos de esa naturaleza no acababan pacíficamente en aquella ciudad fronteriza. Y el juez vigilaba, atento a cualquier gesto del fiscal o de los testigos, para arrojarlos a tierra. La tormenta parecía a punto de estallar.

Reg hizo un ademán de calma. No parecía dispuesto a precipitar las cosas. Y su voz clara de inflexiones metálicas, sonó en la sala otra vez.

—Naturalmente que Irina Wells, la acusada, sabía todo eso. Naturalmente que pudo haber acusado a su hermanastra, pero no lo hizo porque debía gratitud a los Wells. La recogieron siendo una niña, y aun cuando siempre fue tratada como una sirvienta, le dieron su apellido y el calor de su hogar. Ella no podía destruirles con su declaración. Por eso callo. Por eso prefirió entregarse al sacrificio.

—¿Pero quién mató al capitán Roberts? —preguntó uno de los miembros del jurado, poniéndose en pie—. ¡Estamos aquí reunidos para decidir sobre eso!

—Al capitán Roberts lo mataron Key y Walcott. Había llegado un momento en que resultaba peligroso para la familia Wells. Hombre indisciplinado, mujeriego, de pésima fama en todas partes, se había casado, no obstante, con Marcia Wells, en uno de sus viajes secretos a territorio sudista. Naturalmente el matrimonio fue secreto también, aunque hace tiempo, durante la guerra, recuerdo haber visto un documento revelador en los archivos municipales. De esta unión nació una hija, la que todos consideran fruto de un pecado que cometió la inocente Irina Wells. —Hizo una pausa breve, pero tensa y angustiosa, durante la cual sus ojos rodaron por la sala y se detuvieron un instante sobre Irina que lloraba en silencio con la cabeza hundida—. ¡Key, en cambio, era un hombre de porvenir! ¡Un hombre que sabía triunfar en la vida, según las ideas que sobre el triunfo tenía la familia Wells! En vez de derrochar, como Roberts, el dinero producto de su crimen, poco a poco se estaba convirtiendo en uno de los hombres más ricos del sudoeste. Además, estaba enamorado de Marcia, y se lo decía claramente. Roberts debió ponerse más pegajoso y molesto cada vez, y de común acuerdo decidieron eliminarle para luego unir sus miserables vidas. ¿Pero

quién iba a cargar con las consecuencias del crimen? Irina ya había salvado la reputación de su hermanastra dando como suya una hija fruto de un matrimonio secreto que Marcia no quería reconocer ni confesar. Y a pesar de que era una muchacha valiente, enérgica, decidida a todo, su carácter cedía en cuanto se trataba de demostrar su gratitud a les Wells. Por ellos se prestó a todos los sacrificios, incluso el de la muerte en la horca. Este proceso no podía fallar a Key, Walcott, los Wells y toda esa repugnante cuadrilla. Se pagó espléndidamente al abogado defensor para que dejase hacer al fiscal. Se procuró traer aquí a Bud Sherman, quien tenía fama de ser el hombre más implacable de Texas... Marcia trató de irritarme contra Irina, astutamente... ¡y se organizó una farsa miserable que ha durado hasta hoy! ¡Una farsa que resolveré por los únicos métodos eficaces en el Oeste! ¡Vamos, Key! ¡Pronto, Walcott! ¡«Sacad»!

El tumulto que se produjo en la sala fue inenarrable. El juez se arrojó bajo la tarima, los miembros del jurado se lanzaron a tierra, el público comenzó a chillar. Y todo esto llegó al paroxismo cuando Reg saltó limpiamente por encima del estrado, revólver en mano. Key y Walcott «sacaron» a la vez, con los dientes apretados y una rabiosa desesperación impresa en los ojos. Las balas aullaron trágicamente mientras los tres hombres rodaban por el suelo, dispuestos a matar o morir en aquella lucha donde no había perdón. El ladrido alucinante del plomo llenó la sala, dominando los gritos de la muchedumbre. Walcott quedó quieto en el suelo, crispado su cuerpo tras ser mordido por una bala en el centro del corazón, Key, tambaleándose, con una bala en la cadera, comenzó a disparar rabiosamente contra Reg Spencer, quien había dado dos agilísimas vueltas sobre el suelo. Hizo fuego, y otra bala alcanzó a Key en el pecho. Pero aunque herido de muerte Key tenía buena puntería, y a aquella distancia y a cuerpo descubierto debía forzosamente alcanzar a Reg. Y le hubiera alcanzado indudablemente de no haber visto algo que significaba un peligro mucho más inminente para él. Marcia había sacado un revólver de plata de su bolso, aprovechando la excitación, y le apuntaba fríamente. Si aquel hombre moría, a ella difícilmente podrían acusarle, porque no había pruebas. Key no había sido más que un imbécil al perder los nervios tan pronto. En eso debía pensar mientras el ojo negro de su

revólver-joya apuntaba fríamente a la cabeza del hombre. Su padre iba a apoyarlo ya, y tenía la derecha en la funda pistolera. Pero Key, ciego de rabia, fue más rápido. Dos balas penetraron en el pecho de Marcia, quien se desplomó gimiendo y arrojando por entre los labios una trágica bocanada de sangre. Su padre, el frío cerebro de la familia Wells, cayó también, atravesado, justo cuando una bala definitiva de Reg cercenaba la cabeza de Key.

Los disparos cesaron tan rápidamente como habían comenzado, y un silencio expectante y angustioso se hizo en la sala. El olor a pólvora flotaba pesadamente en el aire y penetraba en las gargantas de todos. Ninguna persona se atrevió a hablar. Y Reg se dio cuenta entonces de que ninguno de los pistoleros de Key había intervenido. Cobardes y rastreros, habían huido dejando solo a su jefe en lo peor de la estacada.

El juez, sudoroso y pálido, sacó la cabeza por encima del estrado. El presidente del jurado hizo lo mismo. Ambos parecían muertos. Cambiaron una tímida mirada de inteligencia, y el presidente del jurado tartamudeó.

—In... In... In... ¡Inocente!

—¡Inocente! —susurró Irina, mientras las lágrimas le llenaban los ojos—. ¡Inocente!

Reg se acercó poco a poco a ella. Sus manos grandes y duras, manos que parecían hechas para pelear, acariciaron suavemente los cabellos de la joven. Y ella apretó esa mano entre las suyas, frenética y desesperadamente, y Reg notó cómo por su piel corrían las lágrimas de la muchacha.

Los agentes del *sheriff* estaban ahora recogiendo los cadáveres y tratando de dominar el tumulto. A pesar de la confusión, un pasillo se había hecho desde los estrados hasta la puerta, para que Irina pudiera salir libremente. Cuando la muchacha miró al fondo de la sala, y comprendió que allí estaba la libertad, casi no pudo creerlo. Sus lágrimas se hicieron más intensas, pero también más dulces. Porque ahora, a su lado, tenía al hombre a quien amaba.

—Iremos a recoger a la hija de Marcia y saldremos inmediatamente de la ciudad —susurró Reg, pensando en que el problema de su falsa personalidad aún no estaba resuelto—. Es necesario que obremos con la máxima rapidez. Yo ya he hecho aquí todo lo que tenía que hacer.

Pero Reg Spencer aún tenía que sufrir otra violenta sorpresa aquella mañana. No saldría tranquilamente a la calle, como había pensado. Porque junto a la puerta le esperaba el hombre de la barba blanca. El hombre que vestía de luto.

—¿No esperaba encontrarme más, Reginald Spencer? —susurró, mirándole fijamente a los ojos.

Reg se detuvo. Aquel hombre había llegado a ser un enigma, una obsesión para él. Apartando un poco a Irina, por si había lucha, musitó:

—¿Cómo sabe quién soy? ¿Y quién diablos es usted, si es que tiene nombre?

El hombre seguía mirándole intensamente, pero de una forma muy extraña. Reg hubiese jurado que había humedad en sus ojos.

—Soy el vicegobernador del Estado, aunque por haber sido nombrado hace pocos días, nadie me conoce aún en El Paso. Le he reconocido y sé su nombre por un álbum de dibujos de antiguos condiscípulos que tenía mi hijo. Y en cuanto a mi nombre, amigo mío... Me llamo Robert Sherman. Soy el padre de Bud Sherman.

EPÍLOGO

Temblaron los labios, los párpados de Reg. Nunca había tenido miedo a nadie ni a nada, pero este hombre le impresionó. Por su serena majestad, por su porte austero y digno, por el dolor que había en sus ojos. Reg comprendió que contra este hombre no podría luchar. Comprendió que no haría ningún daño al padre de Bud Sherman, aunque ahora tuviese ya la libertad, la felicidad y la vida al alcance de sus manos. Hundió la cabeza y dijo:

—Entrégume al *sheriff*. La comedia tenía que terminar algún día, y éste es tan bueno como otro cualquiera.

El hombre le puso una mano en la espalda. Reg tembló. Aquél era un gesto de amistad, y eso sí que no lo comprendía.

—Le he estado siguiendo y observando durante estos días —musitó—. Cuando encontraron el cadáver de mi hijo vestido con ropas de vaquero me dediqué a buscar al hombre que le había dado muerte, cosa nada difícil porque usted usurpó su personalidad y su presencia era notada en todas partes. Y así llegué a El Paso. Y como conozco bastante bien lo que fue mi hijo, a quien Dios haya perdonado, no me cupo duda, tras verle a usted, de que él había provocado el duelo. No, amigo, no voy a entregarle al *sheriff* ni a nadie. No voy a decir nada. Porque usted ha hecho el supremo bien de lavar en la tierra la memoria de un hombre que era maldito de todos. Ahora Bud Sherman desaparecerá. Todos dirán que en sus últimos tiempos fue un hombre justo y bueno. Es a lo máximo que puede aspirar un padre. Váyanse al Norte, a Oregón, a Montana, donde hay nuevos horizontes, y sean felices, amigos. Yo se lo deseo de todo corazón.

La presión de la mano en su espalda se convirtió en un abrazo. Reg correspondió a él, y al sentir en su mejilla las lágrimas del anciano notó también que le quemaban los ojos. Se apartó de él para no llorar. Porque una aventura como aquélla no podía terminar con lágrimas. Y porque a su lado estaba Irina.

E Irina era la felicidad, era la fe, era la esperanza.

FIN